JORNADAS

25

RENATO TREVES
FRANCISCO AYALA

Una doble experiencia política: España e Italia

EL COLEGIO DE MEXICO
Centro de Estudios Sociales

308
J88
no.25
ej.3

EL COLEGIO DE MEXICO

SEVILLA, 30 MEXICO, D. F.

JUNTA DE GOBIERNO

Alfonso Reyes, *Presidente*; Eduardo Villaseñor; Gustavo Baz; Gonzalo Robles; Enrique Arreguín Jr.; Daniel Cosío Villegas, *Secretario*.

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES

Director: Dr. José Medina Echavarría

CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS

Director: Dr. Silvio Zavala

CENTRO DE ESTUDIOS LITERARIOS

Director: Dr. Alfonso Reyes

SEMINARIO SOBRE EL PENSAMIENTO HISPANO-AMERICANO

Director: Dr. José Gaos

JORNADAS

Organo del Centro de Estudios Sociales

Impreso y distribuído por Fondo de Cultura Económica

Pánuco, 63

13802

308/J88/no.25/ej.3 126671

Treves,

AUTOR

Una doble experiencia...

TITULO

FECHA

308/J88/no.25/ej.3 126671

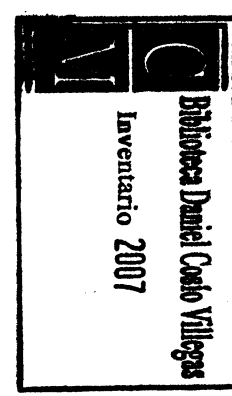
Treves,

Una doble experiencia...

djp

EL COLEGIO DE MEXICO
308/J88/no.25/ej.3

3 905 0013925 1



Jornadas, *órgano del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, nació al calor de un seminario colectivo sobre la guerra que celebró dicho Centro en 1943. La publicación se prosiguió durante el presente año para reflejar la labor realizada en otro seminario sobre los problemas de América Latina. Cubiertas estas dos etapas,* Jornadas *va a convertirse ahora en lo que había de ser desde un principio: en órgano expresivo permanente del Centro de Estudios Sociales del Colegio y no ya sólo de actividades circunstanciales suyas.*

Ante el nuevo carácter de Jornadas, *conviene fijar en breves palabras el sentido que quiere imprimirse a la publicación, las razones que empujan a emprenderla.*

Es un tópico que ha llegado ya de los círculos científicos a los medios populares, que nuestro siglo es o debe ser el siglo de la ciencia social, por razón del desequilibrio hoy existente entre nuestro saber científico sobre la naturaleza y nuestro saber científico sobre el hombre y su actividad. Los resultados de la labor de las pasadas centurias, especialmente de la última, en el dominio de la ciencia natural, son hoy tangibles para todos y le han otorgado a nuestra vida un poder sobre los fenómenos naturales como nunca antes se soñaña. En cambio, el pensamiento racional y científico apenas comienza a conquistar lo que nos es más próximo: nuestra propia vida y su organización. Los acontecimientos actuales prueban de qué manera el dominio de la naturaleza, la ciencia y la técnica, se frustran y son adversos al hombre cuando éste no maneja todavía otros instrumentos que guíen su propio destino. Nada más necesario hoy que el tratamiento científico, es decir, racional y objetivo, de las cuestiones humanas, pues el futuro de nues-

tra civilización, de toda posible civilización, en las presentes circunstancias, depende de que se puedan dominar, o no, la naturaleza humana y la vida social en un grado semejante a como nos es dado regular la naturaleza física. Jornadas *se propone ante todo mantener despierta la conciencia de este problema y coadyuvar con todas sus energías a los esfuerzos ya emprendidos para llegar a su solución.*

Ahora bien, las cuestiones humanas no pueden ser tratadas en el vacío; surgen problemas, dificultades y conflictos ofrecidos en circunstancias y momentos determinados, y la investigación científica de los mismos sólo tiene sentido si sus resultados resuelven la situación problemática, despejan la dificultad o atenúan el conflicto, liberando al hombre de su angustiosa presión. Esto quiere decir que no son las teorías las que determinan los problemas, sino éstos los que deben dar lugar al pensamiento teórico y, además, que no puede entenderse ni solucionarse ningún problema de la vida humana si lo desprendemos de su contexto o circunstancialidad. El olvido de este punto de partida elemental es quizá el responsable de la situación de atraso de las ciencias del hombre, como también de que las disciplinas sociales arrastren una pesada herencia de teorías que ya no responden a ninguna cuestión auténtica.

Asimilando el sentido de esa perspectiva, en las Jornadas *no se desdeñará, en modo alguno, el pensamiento social teórico actual, cualquiera que sea el punto del horizonte de donde proceda, y a su discusión y examen habrá que concederle atención cuidadosa; pero, en lo posible, sometiéndolo a la prueba de su validez para nuestros medios. En una palabra, lo que interesa de un modo fundamental son:* a) *las cuestiones humanas en su específica circunstancialidad americana, y* b) *los problemas "nuestros" que exigen una meditación teórica y una solución práctica.*

En consecuencia, no se rechaza la consideración de las teorías y resultados de la ciencia social en general; pero se cree que la verdadera tarea intransferible está en estudiar y hacer que se estudien las cuestiones específicas de la facción latina del continente americano,

de modo que soluciones y teorías no provengan de una importación más o menos afortunada, sino que broten de la investigación misma de nuestras situaciones problemáticas peculiares.

La tragedia de Europa al privarnos de su producción intelectual y científica, siempre recibida con la sugestión de su viejo prestigio, nos obliga a un doble esfuerzo, que conviene que sea lo más consciente posible: por una parte, a que pensemos por nosotros mismos y sin andaderas y, por otra, a que meditemos hasta qué punto todo lo que nos viene del otro lado del Atlántico merece ser aceptado y asimilado y si no ha perdido aquel continente en más de algún punto el derecho al respeto que se le otorgaba sin discusión. Y pensando muy en particular en "nuestra América", estamos convencidos de que ésta ha de ponerse enérgicamente a pensar por sí misma en su propio destino y a aprovechar lo que es un triste momento para conquistar definitivamente, sin renunciar a ninguna herencia valiosa, su autonomía cultural.

En cuestiones sociales y políticas es esto tanto más urgente cuanto mayor es la sospecha de que lo que se nos ofrece por varios lados no es dádiva generosa sino velado instrumento de dominación. Y sólo podremos mantenernos relativamente inmunes de las consecuencias sociales y culturales de las tremendas luchas de poder hoy en juego si conservamos la serenidad intelectual y el conocimiento preciso y objetivo de los hechos. Una visión acertada de nuestro presente y nuestro futuro es lo único que puede permitirnos sacar ventajas incluso de lo que parecen adversas constelaciones.

Dentro de la dirección general antes esbozada, las Jornadas *del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México quieren presentar un amplio marco a la colaboración: desde las cuestiones filosóficas conexas, hasta los estudios de la ciencia social más particular y especializada; pero viendo también dibujados dentro de ese marco estos tres propósitos fundamentales:* 1) *exponer el estado actual de la ciencia, de conocimiento imprescindible, como punto de partida;* 2) *examinar y discutir, en particular, los problemas peculiares de la*

ciencia en nuestros países, y 3) *contribuir en lo posible al desarrollo de la ciencia social en marcha.*

Desde el punto de vista científico, con Jornadas *se intentará fomentar el estudio de las cuestiones marginales y fronterizas de las ciencias tradicionales y académicas, que es donde se encuentran hoy día los problemas auténticos de la ciencia social futura. Y desde el punto de vista político, en su mejor sentido, conseguir el conocimiento recíproco de los pueblos de nuestra América, manteniendo así viva y real la conciencia de su común destino.*

RENATO TREVES
FRANCISCO AYALA

Una doble experiencia política: España e Italia

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.

The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License:
https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/

JORNADAS-25
El Colegio de México
Centro de Estudios Sociales
1944

308
J88
no.35
cj.3

126671

SUMARIO

I. Una doble experiencia cultural, *por* RENATO TREVES 13

II. La experiencia política de una generación española, *por* FRANCISCO AYALA 23

III. La experiencia política de una generación italiana, *por* RENATO TREVES 37

IV. La misión de los pueblos latinos, *por* FRANCISCO AYALA 61

En el número 4 de los Quaderni italiani, *revista de estudios políticos publicada en Nueva York (y transferida con posterioridad a Italia) apareció un artículo, debido a la pluma del profesor Renato Treves —que lo fuera de la Universidad italiana y hoy lo es de la argentina—, bajo el título* Un Aspetto della Scienza Politica Spagnuola.—A proposito di un libro di Francisco Ayala. *Ese artículo, como ya su título indica, va más allá de la crítica al libro de un colega —Ayala fué también profesor universitario, primero en España y después en la Argentina—, para plantear un tema mucho más amplio y general: el de la fisonomía de la actual ciencia política española, modelada por una experiencia política que difiere substancialmente de la vivida por la última generación italiana.*

El autor del libro con cuya ocasión surgió este planteamiento, Francisco Ayala, se apresuró a recogerlo, desarrollando con fines explicativos, aunque bajo la forma de apretada síntesis interpretativa requerida por tan amplio material histórico, el contenido de la experiencia política de su propia generación, para ponerlo en función de sus actitudes ideológicas.

Consecutivas confrontaciones de sus respectivos puntos de vista fueron empujando a ambos escritores hacia un común enfoque del problema de la libertad política en las condiciones del presente. Estuvieron de acuerdo en estimar que estas condiciones ligan los destinos de todos los países latinos, confiriéndoles al mismo tiempo una específica misión cultural en el mundo futuro. Y considerando de buen augurio este acuerdo intelectual, resolvieron redactar en resúmenes complementarios sus concordantes apreciaciones, y publicarlas juntas en un

pequeño volumen, que, aparte su interés intrínseco, simbolice en alguna manera la comunidad de preocupaciones y de tónica espiritual de la Latinidad.

Tal es el origen de este cuaderno que, redactado en la Argentina por un italiano y un español, aparece en las Jornadas *de El Colegio de México.*

CAPITULO I

UNA DOBLE EXPERIENCIA CULTURAL

Por RENATO TREVES

LOS REVOLUCIONARIOS italianos que han luchado siempre por la eliminación total del fascismo ya cuando las democracias que hoy lo combaten no le negaban apoyo y colaboración, se sienten cada vez más unidos por sentimientos y exigencias comunes a los republicanos españoles. Esta unión es debida evidentemente al recuerdo todavía vivo de la guerra de España, que fué asimismo la guerra del pueblo, la guerra revolucionaria del antifascismo italiano; pero es debida también a otras razones no menos importantes. Sobre todo a la posición de independencia y de expectativa que, frente a los fines de las potencias democráticas, deben asumir en el campo ideológico los antifascistas italianos que miran "más allá de la crisis y de la guerra" hacia la Europa de mañana, y saben que "hasta que no se haya delineado una idea nueva capaz de resolver los problemas planteados por el fascismo, no habrá victoria definitiva". Posición de independencia y de expectativa que es plenamente compartida por los antifascistas españoles, no sólo por razones ideológicas, sino también por motivos de política práctica, vale decir, por la imprecisa y ambigua actitud tenida hasta ahora por las grandes democracias respecto al gobierno fascista de Franco.

Esta comunidad de tendencias espirituales que coloca a los antifascistas italianos y españoles en la misma posición ideológica de expectativa y los une indisolublemente en el esfuerzo hacia objetivos comunes, no excluye, sin embargo, que surjan concepciones y actitudes profundamente diversas, debidas a la diferencia del carácter y de la formación cultural y política de los dos pueblos. Un interesante

libro de Francisco Ayala* sobre el problema del liberalismo, suministra el ejemplo de una de estas actitudes y concepciones inconfundibles de la cultura española contemporánea, que no se puede entender a fondo si no se piensa en la diversa experiencia política e intelectual a través de la cual se han formado después de la última guerra las más jóvenes generaciones de Italia y de España. Indicaré aquí brevemente los caracteres diferenciales de la experiencia de estas dos generaciones coetáneas y examinaré en sus líneas fundamentales la concepción de Ayala que, por contraste, servirá para poner de relieve los valores que animan el pensamiento político de los italianos, quienes, bajo el fascismo y a pesar del fascismo, han mantenido siempre alta la fe en la libertad.

La generación italiana más joven, formada después de la guerra del 1914 bajo un régimen despótico, antiliberal, que había conservado casi intacta la estructura económica de la sociedad capitalista, ha distinguido espontáneamente, por instinto y experiencia práctica, los principios ético-políticos del liberalismo respecto de los principios económico-sociales de la burguesía capitalista. Los jóvenes intelectuales italianos, aun cuando no han aspirado a una profunda revolución social, han luchado siempre por la defensa de la libertad que consideraban como un valor absoluto, independiente de las instituciones históricamente determinadas, según la enseñanza dada por Croce, por De Ruggero y por otros auténticos maestros de la cultura nacional.

La filosofía y la ciencia política extranjera, especialmente alemana, que, inmediatamente después de la guerra, había comenzado a hablar de declinación de la civilización occidental, de decadencia de la sociedad burguesa y capitalista y de crisis de los principios liberales y democráticos, hacía poca presa en nuestro país. Y esto ocurría, sin duda, por la resistencia espontánea que suele oponer todo centro de antigua y fuerte tradición cultural a la introducción de doctrinas extranjeras, y también, sobre todo, por la afinidad evidente que unía

* *El problema del liberalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941.

a estas doctrinas con las difundidas por la propaganda fascista. Los motivos usuales: de patria proletaria, de necesidad de reaccionar contra el espíritu burgués, contra el individualismo atomista y masónico y contra el liberalismo plutocrático, podían sin duda conmover a los intelectuales de muchos países que permanecían impresionados todavía por el bagaje de erudición con que los profesores alemanes presentaban sus pobres conceptos, pero en modo alguno podían ganar a los italianos. Estos, en efecto, conocían ya, por experiencia directa, cuán burgueses, antiproletarios y plutocráticos eran los gobiernos y los partidos que difundían tales doctrinas con fines demagógicos, y, además, desde la época del Resurgimiento, habían aprendido a distinguir la doctrina de los derechos de la de los deberes, el liberalismo formal abstracto del histórico concreto.

La generación intelectual española formada después de la guerra, en una atmósfera política y en un ambiente cultural profundamente diverso del italiano, estaba presta a reaccionar de un modo diverso a las corrientes espirituales y políticas que dominaban en Europa.

Las instituciones liberales y democráticas que habían ido difundiéndose y afirmándose de modo cada vez más amplio y profundo desde el fin de la guerra mundial hasta el comienzo de la guerra civil y que no habían interrumpido su marcha progresiva ni siquiera durante el paréntesis de Primo de Rivera, habían alcanzado a infundir en la mente de los intelectuales españoles una tal fe en los principios de la libertad y de la democracia que les llevó a creer lícito hasta el hablar mal de ellos. Para usar una imagen de Ortega y Gasset, se trataba de la maledicencia del "niño mimado" que molesta a sus progenitores porque sabe que éstos no pueden cesar de quererle. Y, en efecto, los intelectuales que hablaban mal de la libertad estaban convencidos de "que en el fondo no llegaría a faltarles en serio, porque subsiste necesariamente en la substancia misma de la vida europea, porque a la libertad hay que volver siempre, tan pronto como se abandonan las ficciones y las bromas y se busca la verdad".

Además de la radical diferencia del régimen político, contribuía a

determinar una diversa orientación en las ideas de la nueva generación intelectual la dirección de la cultura, bastante diversa de la italiana.

En España, pese al notable esfuerzo cumplido en los últimos cincuenta años, no se había formado aún un ambiente intelectual sólido y autónomo capaz de oponer seria resistencia y de someter a severa crítica todas las direcciones del pensamiento extranjero que tratasen de penetrar en el país. El movimiento general de renovación espiritual en todos los campos de la cultura, que se había iniciado en el siglo anterior con el krausismo, continuaba substancialmente desenvolviéndose en el siguiente. El programa de aquel movimiento fué señalado por Joaquín Costa que, si por un lado afirmaba: "Hay que echar doble llave al sepulcro del Cid", por el otro proclamaba: "Hay que europeizar a España", y con su obra contribuía a que penetraran y se difundieran las ideas y tendencias nuevas que dominaban en la Europa moderna. Y la generación siguiente a la de los krausistas, la generación formada en los primeros decenios de este siglo, fiel a aquel programa, ha continuado nutriéndose ampliamente de la cultura extranjera, especialmente francesa por lo que se refiere al arte y la literatura, especialmente alemana por lo que se refiere a la filosofía y la ciencia.

Ortega y Gasset, maestro de la más joven generación, con la fascinación de su estilo brillante, con la fuerza de sus escritos variados y atrayentes, ha contribuído poderosamente a orientar el pensamiento de su país hacia la cultura alemana. Formado antes de la guerra, en Alemania, en la escuela neo-kantiana de Marburgo, reaccionó bien pronto contra la dirección demasiado formal de esta escuela y ha demostrado en cambio gran interés por la tendencia de la filosofía de la vida, de la cultura, de los valores. Después de la guerra, por medio de la *Revista de Occidente*, dirigida por él, ha hecho conocer al público español las direcciones más recientes del pensamiento tudesco, no sólo en el campo restringido y técnico de la filosofía, sino también en el más vasto de la política y de la sociología. Así, ha publicado la traducción de los escritos de Spengler, de Spann, de Scheler y de

muchos otros. Además, desde 1930, en una de sus obras más significativas, *La rebelión de las masas,* templando con su innato buen gusto las conclusiones extremas a que tendían aquellos autores, no ha recatado su profundo pesimismo sobre la situación presente y sobre el porvenir inmediato. El impresionante aumento numérico de la clase media y la correspondiente disminución de los valores intelectuales y morales de esta clase, según él, amenazan seriamente a las instituciones liberales y democráticas. La dictadura de la masa se le aparece como el mayor peligro que amenaza a la sociedad presente; peligro que habría el deber de combatir, aun cuando se supiera realizado también por fatalidad necesaria.

El movimiento de desconfianza y de crítica hacia las instituciones liberales y democráticas, que era muy favorecido por ese ambiente político y cultural tan diverso del nuestro, no ha sido frenado ni interrumpido por la experiencia de la guerra civil. En aquella prueba suprema, en la que el pueblo español, con indomable coraje y maravillosa firmeza, ha combatido para defender los principios de la libertad y de la democracia contra el nazi-fascismo, muchos han encontrado una dolorosa confirmación de las teorias antiliberales y antidemocráticas que hasta entonces habían estudiado con simple interés y curiosidad de intelectuales. El incalificable temor y el mismo egoísmo que las naciones democráticas europeas han demostrado hacia el pueblo español con su política de no intervención, no podía dejar de aparecer a sus ojos sino como una clara demostración de los juicios severos que los teóricos del nazismo daban desde hacía años sobre las democracias capitalistas. Y así, en este período, se ha difundido en la joven generación española una sombra de negro pesimismo y de profunda desconfianza en el porvenir, que no se nota, en general, en el ánimo de los coetáneos italianos. Como los italianos, los españoles se sienten siempre indisolublemente ligados a los ideales de libertad y de justicia social que han defendido en lucha desigual y desesperada; pero, después de la derrota, de frente al trágico desmentido de los hechos, a diferencia de los italianos, no pudieron encontrar con la misma faci-

lidad en su patrimonio intelectual casi nada que pudiese restituirles la fe. Envenenados por una cultura contraria a su espíritu y a su tradición, por una literatura que ya no es tomada en serio en Italia, los intelectuales españoles, si bien están indisolublemente unidos a nosotros por los mismos principios, nos consideran, sin embargo, con un sentido de amarga ironía al vernos defender, con monótona obstinación, concepciones que para muchos de ellos están muertas y sepultadas.

Francisco Ayala, profesor antes de Derecho político en la Universidad española y ahora en la argentina, en su libro sobre el problema del liberalismo demuestra y desarrolla en los menores detalles este aspecto característico e inconfundible del pensamiento político de muchos escritores de su generación. Colaborador de la *Revista de Occidente,* formado en Alemania, después de la guerra, en la escuela de Schmitt, Heller y otros que, si bien seguían tendencias políticas diversas, coincidían todos en la crítica del liberalismo y de la democracia, Ayala ha encontrado la confirmación dolorosa de aquella crítica en los acontecimientos políticos que ha vivido, primero en Praga como diplomático, agregado a la embajada española, después en España durante la última fase de la guerra civil, y por fin en Francia, donde permaneció varios meses antes de trasladarse a América.

Sobre las huellas de los escritores alemanes, Ayala inicia su libro afirmando el principio fundamental por el cual el liberalismo, como ideología y como movimiento político, es el producto característico del modo de obrar, sentir y pensar de la burguesía moderna; es el reflejo de la concepción utilitaria de la vida con la que esta misma burguesía, de modo astuto y solapado, llega a adueñarse poco a poco del poder, sin dar la impresión de poseerlo en conjunto. La división de los poderes, los principios de igualdad y de libertad, y todo el sistema de derechos y de garantías que caracterizan al Estado constitucional moderno, para él no son otra cosa que una manifestación de la mentalidad del hombre económico, de la mentalidad burguesa. El espíritu del liberalismo se identifica así con el espíritu de la burguesía.

Las consecuencias que derivan de estas premisas son evidentes. Por la formación de grupos plutocráticos que dirigen y controlan toda la vida económica y por la constitución de una masa proletaria con conciencia específica de clase, el predominio de la burguesía en estos últimos años se encuentra en serio peligro y, puesto que la burguesía se identifica con el liberalismo, están también en serio peligro la ideología liberal y las instituciones jurídico-políticas sobre ella fundadas. El principio de la propiedad privada, sagrada e inviolable, por ejemplo, ha perdido todo valor, dado que "fuertes grupos económicos absorben poco a poco a la pequeña burguesía transformándola en proletariado, e impiden que se forme, en cambio, en el mismo sistema jurídico, un movimiento reactivo capaz de asegurar nuevamente la independencia económica al individuo sobre la base de la libertad". Los derechos de libertad de pensamiento, de discusión y de prensa, que eran el medio necesario para formar la opinión pública en regímenes constitucionales fundados sobre la sociedad burguesa diferenciada y culta, se muestran ineficaces en las actuales democracias de masas, uniformes y espiritualmente inferiores. Sobre éstas actúan, en cambio, mucho más eficazmente, la técnica de la sugestión y de la repetición y los métodos propios de la propaganda comercial, los cuales, en vez de facilitar la libre formación de la opinión pública, imponen al público una opinión ya formada.

La completa desconfianza en la ideología liberal, cuyo destino considera indisolublemente ligado al de la clase burguesa próxima a sucumbir, impulsa luego a Ayala a concluir su interesante libro con un sombrío cuadro sobre la situación de los intelectuales en la hora presente. También los intelectuales son para él un típico producto de la sociedad burguesa, en la que se hacen la ilusión de cumplir una función directiva, casi sacerdotal. Pero ahora esta sociedad burguesa se está desintegrando, y dando lugar a las masas mediocres, organizadas en grupos y en facciones, y éstas no dejan que los intelectuales se recluyan en la serenidad de su trabajo; les amenazan, les espían, les constriñen a tomar posiciones en la vida política, les obligan a servirlas

y no a dirigirlas. Y frente a una situación tan grave y dificil, el autor, sojuzgado por el más irremediable pesimismo, no sabe proponer sino las tres siguientes soluciones: "Renunciar al propio pasado y al propio ser, a todo, para sumirse en la caridad. Una actitud excelsa, sin duda; pero los caminos de los santos no son caminos accesibles a mucha gente". O si no, "obstinarse en repetir como un eco lamentable de sí mismo lo ya hecho y producido, y seguir sosteniendo, por cálculo o simulada consecuencia, lo que está seco en sus raíces. Y entonces, oírse denostar como farsante, y leer este denuesto en la mirada dura, ansiosa y sincera de las gentes". O bien, por último, adherirse a una de las facciones que, como tales, tienen "la intransigencia propia de los beligerantes, y que sólo ven y quieren en el intelectual su prestigio acreditado, un nombre a exhibir y unas aptitudes técnicas a aprovechar en la propaganda de su causa". Esta última solución, hoy aceptada por muchos, quita evidentemente al intelectual toda independencia; "de un salto, desciende de la dignidad sacerdotal que venía detentando y pierde también la compostura y decoro de su oficio".

No creo que estas conclusiones tan desesperadamente pesimistas sean compartidas por todos los intelectuales españoles de la generación de Ayala. La particular experiencia política y cultural que hemos analizado brevemente y que constituye, sin duda, una de las causas principales de ese pesimismo, es, sin embargo, común a la mayoría y determina actualmente en el pensamiento político español aspectos característicos e inconfundibles. Es sintomático, por ejemplo, que, a pesar de ella, en el exilio, valerosos combatientes que defendieron los principios de la libertad y de la justicia social continúen estudiando y difundiendo el pensamiento político alemán con estudios críticos y traducciones publicados por casas editoriales sudamericanas.

La debilidad y la falsedad del pensamiento político alemán contemporáneo es bien notoria para nosotros que, por la experiencia directa de la dictadura fascista, no nos hemos dejado engañar por aquellos que, conscientemente y con más frecuencia inconscientemente, preparaban el advenimiento del nazismo hablando de la crisis de la

burguesía y de la declinación de la libertad. En los escritos de nuestros mejores maestros habíamos aprendido tiempo atrás a considerar la burguesía como un equívoco concepto histórico, y a no confundir los institutos económico-jurídicos del capitalismo con los valores ético-políticos del liberalismo. Y ahora, observando la profunda crisis espiritual que turba en forma más o menos grave a muchos españoles que durante casi quince años gozaron en su patria de una libertad que no era concedida en la nuestra, no podemos dejar de pensar con cierto optimismo en el porvenir moral y espiritual de nuestro país.

CAPITULO II

LA EXPERIENCIA POLITICA DE UNA GENERACION ESPAÑOLA

Por Francisco Ayala

Con ocasión de un libro mío sobre el problema del liberalismo, plantea Renato Treves un tema que juzgo interesante recoger y discutir, porque rebasa el círculo estrecho de las cuestiones científicas en que él, y yo mismo, y otros pocos, pudiéramos sentirnos incluídos, para tocar a problemas de general alcance, que a todos nos afectan. Sin eso, me hubiera guardado bien de volver sobre su crítica, por mucho que pudiera rectificar en sus apreciaciones acerca de mis ideas y actitudes.* Se trata del tema de la experiencia diversa vivida por nuestras respectivas generaciones, italiana y española, y de la relación entre una y otra experiencia vivas y las correspondientes posiciones frente al orden político y a la orientación ideal del Estado. Rigurosamente coetáneos, profesores ambos de Derecho en nuestros respectivos países de origen, Treves y yo hemos constituído nuestra actitud frente al problema de la libertad política en circunstancias muy divergentes. Y esas circunstancias son lo que nos permite considerarnos, en alguna

* En general, tendría que protestar, aportando citas de mi libro, contra la imputación de no haber distinguido entre el principio de libertad y su concreción histórica en las instituciones liberales. Pero como no ha sido Treves el único crítico de quien he recibido reproches semejantes, debo achacarlo a falta de insistencia por parte mía en esa esencial distinción metódica. De cualquier modo, mi "Ensayo sobre la Libertad" (aparecido en las *Jornadas* del Colegio de México, con posterioridad) me exime de aclarar mi postura en ese punto. El "Ensayo" complementa los estudios que integran el volumen criticado por Treves; y la diferencia de enfoque de ambos libros se encuentra intencionalmente expresada en la diferencia de significado entre las palabras "Liberalismo" y "Libertad" que figuran en uno y otro títulos.

126671

medida, y por encima del caso individual, como ejemplares de nuestra generación. Si interpreto bien sus palabras, la tesis de Treves puede resumirse así: mientras la generación italiana formada dentro del régimen se ha mantenido inmune a la crítica de la libertad burguesa formulada por la ciencia alemana después de la guerra de 1914-1918 y ha conservado una fe ingenua en los viejos principios liberales, la generación española coetánea, sometida a muy otras condiciones históricas, ha sufrido una amarga decepción, difundiéndose en ella "una sombra de negro pesimismo y de profunda desconfianza en el porvenir", de la que Treves encuentra particular ejemplo en mis escritos.

Este planteamiento me parece tan incitante y tan cargado de posibilidades que no he vacilado en recogerlo. Creo que su discusión puede ser de enorme utilidad, no tanto por las conclusiones a que permita llegar como por los esclarecimientos que aporte, llevando a la opinión pública, de un modo abierto, decidido y libre de prejuicios y temores, toda una serie de cuestiones cuyos interrogantes atormentan la soledad de muchas conciencias. Todo puede hacerse con cuestiones tales, antes que ahogarlas: vale más el error, el extravío, y hasta el puro disparate, que la persistencia en una ceguera mortal que sigue contando con situaciones y posibilidades ya desaparecidas. Por eso me permito volver sobre puntos de vista emitidos con referencia a un libro mío, ya que, por encima de él, apuntan a condiciones objetivas en las que todos nos hallamos implicados y en las que —literalmente— nos va la vida.

He de comenzar confesando mi emoción ante el cuadro que Treves dibuja de las condiciones político-culturales en que se ha desenvuelto la generación a que pertenezco. Pese a estar trazado a grandes rasgos, que no pretenden la exactitud, sino que más bien persiguen una caracterización amplia, ese cuadro acredita una comprensión acutísima del sentido de nuestra vida recién vivida; pero una comprensión desde fuera, lo que viene a prestarle un relieve extraordinario, al mismo tiempo que nos obliga a nosotros, actores de esa vida, a volvernos

reflexivamente sobre ella, contemplándola desde una perspectiva ajena. ¡Rara, conmovedora aventura! A mí me ha servido de estímulo ante todo, para precisar más el detalle de nuestra experiencia política, perfilando alguno de los extremos a que Treves alude.

Sea, para comenzar, el de ese proceso de desarrollo de las instituciones liberales y democráticas en España desde el fin de la guerra mundial hasta la iniciación de la guerra civil, proceso apenas interrumpido por el paréntesis de la dictadura de Primo de Rivera. Tal visión contiene un fondo de verdad: durante ese tiempo el crecimiento y elevación del pueblo español se tradujo en una presión continuada, en una especie de *presencia activa,* que hacía irrelevantes hasta cierto punto los accidentes y anécdotas de la vida política, arrojando un resultado que, en suma, pudiera ser caracterizado como aumento de las efectivas libertad y democracia. Pero con esto no se ha descrito la realidad compleja de ese proceso, en cuyos avatares consiste precisamente la experiencia de nuestra generación.

Todo él debe insertarse en una circunstancia decisiva: el Estado español, tal y como lo hemos vivido nosotros (no es ésta la oportunidad para estudiar los orígenes y las causas profundas, sino para constatar el hecho), el Estado español dentro de cuya estructura hemos nacido, era una entidad política *neutralizada.* Después de la guerra con los Estados Unidos, España había pasado a ser una pieza de encaje en el equilibrio internacional europeo, y nada más. La célebre frase de Costa, que Treves cita, sobre el sepulcro del Cid, hacía programa de esta situación y debía valer como un llamado a la realidad. Sin duda que en el pensamiento de Costa abundan las ideas políticas anchas y vivaces; pero no deja de ser altamente significativa la gran popularidad de esa fórmula, mediante la que se invita a los españoles a concentrarse en el ámbito cercano del Estado español y, reducidos a sus nuevos límites (que siguen siendo los de hoy), recuperarse mediante una política de "colonización interior". Tan vigorosa fué esa tendencia, y tal arraigo halló como voluntad de convalecencia, que llegó a cuajar en un fenómeno político increible, cuyo sentido se hace difícil de captar

para quien no lo haya vivido, y que ha de haber producido estupefacción a los observadores foráneos: me refiero a la fuerte corriente de opinión "abandonista", que propugnaba la retirada de Marruecos, renunciando el Estado español a su protectorado para concentrar todas las energías en la Península.

No se trataba de una de tantas extravagancias como, en todas partes, se abren camino alguna vez por la pluma de escritores y periodistas; era una actitud muy efectiva, tanto que —para decir verdad— ha constituído el único problema de política internacional convivido por los españoles durante nuestra generación. Junto a la corriente abandonista radical, que postulaba una retirada pura y simple, la misma tendencia se manifestaba en la postulación de un cambio de política en Marruecos, que extendiera a las poblaciones rifeñas una utópica equiparación con las poblaciones peninsulares, poniendo término a la política militar. Y de cualquier modo, es también comprobable que la repugnancia hacia esta política militar fué uno de los más poderosos motivos coadyuvantes de la intensa emigración del primer cuarto de siglo. Pues no se trataba —repito— de extravagancias inoperantes, sino de planteamientos serios, hasta el extremo de que la sola cuestión de política exterior que se le planteaba a un joven español de mi generación era la de tomar actitud frente al problema de Marruecos. Fuera de ella, ninguna otra de orden internacional era sentida por los españoles como algo vivo: la misma división en germanófilos y aliadófilos durante la primera guerra mundial había tenido, pese a su encono, un mero carácter académico o, para ser más exactos, había sido el ocasional revestimiento de polaridades internas.

Y sin embargo, neutralizado como estaba el Estado español, ni siquiera en este mínimo asunto del protectorado marroquí podía jugar con libertad sus alternativas: también ahí estaba obligado a mantener el *status quo* internacional creado por la Conferencia de Algeciras, de modo tal que, lejos de influir el movimiento político interno sobre esta única y mezquina perspectiva internacional, sería mas bien su

taponamiento el que repercutiría —como repercutió con el golpe de Estado de Primo de Rivera— en la política interna.

Así, pues, la experiencia política del español contemporáneo estaba reducida al campo de la organización de las relaciones intra-estatales sobre la que se fundaba el equilibrio de dominación y el aparato de la administración pública. La monarquía, bajo el régimen constitucional, había venido funcionando a base de una oligarquía, incrustada en el mecanismo de las instituciones liberales, y cuyas raíces eran esa estructura espontánea de poder que se denominó "caciquismo", consistente en un sistema de caudillaje aldeano erigido con vistas al disfrute de las ventajas inherentes a los cargos públicos. Esta oligarquía estaba nutrida intelectualmente, cuando menos en sus estratos superiores, por las ideas políticas liberales predominantes en Inglaterra y Francia. Las clases intelectuales y profesionales, en la medida en que no participaban del poder y sus ventajas, clamaban por una aplicación más efectiva, y casi siempre radical, pero en todo caso auténtica, de esos mismos principios; y mientras las clases conservadoras mantenían, de un modo más o menos pasivo, su adhesión a las viejas ideas absolutistas o feudales, el proletariado, que se desarrollaba con el aumento de la industrialización del país, pasaba desde la ideología anarquista, en que había hallado expresión el temperamento de una masa obrera miserable, a la ideología marxista, que le prometía un ascenso coordinado y congruente con las perspectivas de una concepción del mundo propia de la clase social. Estas ideologías obreras —dicho sea de paso—, aún cuando comportaban una posición *internacionalista,* no conducían en la práctica a mayores experiencias de política internacional que las actitudes correspondientes a otros grupos sociales: en su lucha política efectiva, los obreros, por más que se sintieran solidarios con el proletariado mundial y federados a sus organizaciones, actuaban movidos de manera exclusiva por factores internos, por los equilibrios y relaciones de poder dentro del Estado.

Estos factores fueron, pues, el motor único de la política española hasta el comienzo de la guerra civil. El crecimiento del liberalismo y

la democracia, señalado por Treves, no es otro que el crecimiento interno del país, que ascendía con rapidez en cuanto a riqueza, capacidad técnica, población, cultura, tono de vida. Por efecto de ese crecimiento, vino a hacerse insuficiente el aparato de gobierno de la oligarquía monárquica: el cuerpo social español no se dejaba manejar ya con tan inepto mecanismo, que tropezaba y no podía dejar de tropezar con las resistencias de las regiones más industrializadas y de los grandes núcleos urbanos, por una parte, y del proletariado organizado en todo el país, por la otra. Es de advertir, sin embargo, que su hundimiento se produjo a impulso de ese sólo problema de política exterior vivido por los españoles: el problema de Marruecos. En estas lineas sólo cabe aludir el tema, cuyo estudio exigiría muy copiosas páginas. Bastará consignar aquí que, enredado el régimen en esa cuestión, creyó necesario el rey substituir la organización oligárquica, en cuyo orden entraba un cierto márgen de libertad civil no obstante cualesquiera restricciones, por una dictadura militar provista de mayores recursos técnicos para reducir al cuerpo social desbordante dentro de la estructura monárquica. La dictadura de Primo de Rivera, pese a su contemporaneidad con el fascismo italiano y a los contactos que entabló con él, fué una dictadura de corte tradicional, atenida a los medios clásicos de presión, y estrictamente conservadora. Ciertos rasgos como los monopolios, la tasa de las rentas de alquileres urbanos o el tímido esbozo de organización corporativa del trabajo, no alcanzaron a modificar este carácter tradicional. Se quería, ante todo, mantener el orden político-social de la Monarquía, por más que la transformación económico-social experimentada por el país en el primer cuarto de siglo demandara su reforma... Consciente de cuánto influyen en la historia las condiciones personales de sus actores, y hasta la suerte ciega, prescindo de toda referencia anecdótica en honor a la brevedad: es evidente, sea como quiera, que ese intento no podía salir adelante; y, por último, la Monarquía cayó hecha trizas, como un tiesto que revienta por la fuerza del vegetal cuyas raices se han desarrollado en su concavidad. Entonces fué proclamada la República.

Los violentos avatares de su efímera existencia acreditan que la República no fué, en sentido positivo, lo que se dice un régimen constituído, por mucho que se ordenara dentro de un instrumento legal-constitucional, sino más bien un proceso constituyente, difícil, laboriosísimo. La caída de la monarquía se produjo el 14 de abril de 1931; la constitución republicana fué aprobada el 9 de diciembre del mismo año; pero ya el 8 de agosto del siguiente, 1932, se produjo la primera sublevación militar contra el régimen, que el gobierno pudo dominar. Las elecciones generales de fines de 1933 llevaron al poder a los enemigos de la política republicana, agrupados en una coalición cuya tónica era dada por elementos de extrema derecha —absolutistas y feudalistas—, antes excluídos de los cuadros de la monarquía, y que ahora, desde el gobierno de la República, reprimieron atrozmente un intento de sublevación proletaria (revolución de octubre de 1934). Las elecciones generales de comienzos de 1936 llevaron a su vez al poder al frente popular, dando el triunfo legal a la posición que había sido derrotada en el conato revolucionario. Tres meses más tarde, volvía a producirse otra sublevación militar contra el gobierno legítimo... Pero aquí se introduce ya un nuevo elemento en la política española, que había de alterar la situación substancialmente.

Así, pues, esos cinco años que van desde la caída de la Monarquía hasta el comienzo de la guerra civil son un período convulso, durante el cual se agitaron las fuerzas sociales cuyo desarrollo había roto el dique del viejo Estado buscando ciegamente un nuevo equilibrio político. Estas fuerzas sociales eran, principalmente: un proletariado industrial de alta formación y con un elevado nivel de vida; un campesinado de formación tradicionalista y actitud conservadora en las regiones de pequeña propiedad rural, y un campesinado inculto y rebelde, oprimido por la miseria última, en las zonas de latifundio; una burguesía empresaria fuerte, en determinadas regiones; una clase de grandes propietarios rurales absentistas, con mentalidad semifeudal; una clase media rentista, comercial y pequeño-burguesa, de orientación conservadora y clerical en todo el país; y, en fin, los grupos

institucionales: ejército, policía, burocracia e iglesia. Las cambiantes constelaciones de estos diversos elementos, oscilando sobre el pivote de la clase media, hasta llegar a la polarización en dos grandes bloques (polarización que ya había quedado precipitada a raiz de la revolución de octubre de 1934), explican bien las agitaciones de esos cinco años. La compulsación de fuerzas en busca de un nuevo equilibrio hubiera desembocado, probablemente, en una solución democrática, si la intervención extranjera no se hubiera introducido a favor del incidente de 1936, convirtiendo en guerra civil prolongada un conflicto que prácticamente estaba resuelto a favor del gobierno legal, y alterando a la postre su desenlace.

Sin duda, la previsible solución democrática hubiera comportado un serio reajuste de la organización constitucional, que, a base de la experiencia, diera eficacia y solidez a lo que, hasta entonces, se había mostrado inhábil instrumento de gobierno para la democracia española. La Constitución de 1931 había sido compuesta y sancionada por un conjunto de hombres preparados para tal labor en la oposición al régimen monárquico y, sobre todo, a la dictadura de Primo de Rivera. El movimiento opositor había sido conducido en primer término por los políticos de la oligarquía liberal que el rey desplazara mediante el golpe de Estado; a ellos se unieron luego algunos intelectuales de la generación siguiente, hombres de estudio llevados a la política práctica por urgencias de la situación. El proletariado, distribuído entonces entre los sindicatos anarquistas y los socialistas, llevaba con los primeros una política de acción directa negada a todo paso constructivo, y observaba con los segundos una actitud reticente y dudosa frente a la dictadura. De este modo, y siendo ésta —como antes dije— una dictadura de corte tradicional, los motivos ideológicos que actuaron frente a ella y que después informaron la constitución republicana no fueron otros que la tradicional demanda de libertades civiles y de garantías contra las extralimitaciones del poder público, sumándose en seguida las reivindicaciones propias del socialismo reformista, que

ya habían sido ensayadas —y que ya habían fracasado— en muchos países europeos.

Con eso, se fraguó un código político que privaba de recursos a las autoridades, y ello cuando justamente el gobierno iba a tener que manejar y controlar grandes fuerzas sociales desencadenadas. En cuanto a los hombres, carecían de toda experiencia política y de toda visión de conjunto. Aùn aquellos que, como el primer presidente de la República, Alcalá-Zamora, habían pertenecido a la oligarquía monárquica y gobernado con ella, eran políticamente inexpertos: podrían poseer buen conocimiento del juego administrativo, pero ¿qué tenía que ver el viejo artilugio con las nuevas relaciones de poder? —Y los otros, intelectuales o líderes obreros, hechos en la oposición, no habían tenido oportunidad de adaptarse al gobierno y asumir la disposición adecuada, cuando ya se encontraban en presencia de fuerzas colosales a las que, substancialmente, desconocían. Lo típico de tal situación es que vale lo mismo para los sostenedores de la constitución republicana que para sus enemigos. Si a los jefes republicanos podía acusárseles de mentalidad utópica, de falta de realismo político, de ignorar al adversario, los jefes antirrepublicanos —que también ejercieron el poder durante un tiempo— incurrieron en iguales defectos, produciéndose con desenfrenada demagogia.

Veamos ahora cuál fué el desarrollo ideológico en función de la realidad política. Es posible que la crítica centroeuropea contra la democracia liberal hubiera tenido alguna influencia sobre ciertos núcleos intelectuales, llevándolos a simpatizar con las soluciones extremas, comunista o fascista, pero esta influencia no pasaba de ser libresca, teórica en el sentido peyorativo de la palabra, sin aplicación a los problemas políticos vivos. Al caer la monarquía prevalecían con eficacia política las actitudes liberales y, frente a ellas, las viejas actitudes absolutistas y feudalistas. Sin embargo, la formación marxista de una gran parte del proletariado, que por de pronto y en la práctica aceptaba la democracia liberal (me refiero a las masas del

socialismo reformista, únicas considerables por entonces), prestaba una base firme para esa crítica, tan pronto como, en el terreno de los hechos, se evidenciara la ineficacia de las instituciones democrático-liberales. Y tal evidencia no tardó en presentarse a través de las crudas alternativas de aquellos años: de un sólo golpe, la coalición reaccionaria que asumió el gobierno a fines de 1933, deshizo la labor social recién cumplida por el anterior gobierno republicano. Y de otro lado, los partidos democráticos, desalojados del poder, se vieron privados, por efecto de los mecanismos liberales que ellos mismos habían introducido, de todos los medios y recursos para la lucha política. Yo mismo he sido testigo de un aspecto típico del fenómeno señalado: en plena vigencia de la Constitución republicana fueron cayendo en manos de los grupos plutocráticos enemigos de la República todas las empresas periodísticas del país, de tal manera que la inmensa opinión democrática no hallaba otra expresión ni otro alimento que el muy parco, insuficiente e inadecuado suministrado por los pequeños órganos periodísticos de los partidos obreros. Pero tan irrisorio resultado de la libertad de prensa combinada con la libertad económica era sólo un aspecto entre tantos. (Otra muestra: un discurso de Azaña, que acababa de salir del gobierno, carecía de difusión radial —y por lo tanto, de eficacia proporcionada—, porque la radio estaba en manos plutocráticas que, por motivos políticos, le impedían el acceso...)

Ante esta situación, y como fruto directo de la experiencia política viva, se precipitó en los espíritus de mi generación, o en algunos de ellos al menos, la crítica de las instituciones liberales, que ya se había hecho en Europa, y de la que teníamos un conocimiento intelectual. Sólo que, en nosotros, esa crítica, lejos de implicar escepticismo respecto de los valores de la libertad, quería afirmarlos con pasión y convicción profundas, incluso frente a un dispositivo institucional que, ideado en otras circunstancias sociales para salvaguardarlos, se había mostrado, no ya inepto, sino hasta instrumento de su burla. En un lapso de meses había hecho España la experiencia que otros países

europeos tardaron decenios en cumplir: había sufrido un desengaño fulminante, y se precipitaba en vías de una transformación social que hubiera arrojado nuevas fórmulas de libertad política de no ingerirse en el proceso un elemento extraño, y de todo punto inesperado para los españoles.

Estos, a pesar de todas las convulsiones, de todas las luchas internas, seguían viviendo políticamente hacia dentro, encerrados en los términos del Estado español, y ajenos por completo al mundo en torno. Pero, entre tanto, el equilibrio europeo dentro del cual España era una pieza de encaje, un comodín, un Estado neutralizado, comenzaba a romperse. La fórmula internacional cuyo último remiendo o reajuste había tenido efecto en 1918 estaba quebrada. Se preparaba una nueva compulsación mundial de potencias, y para esta compulsación España era un factor decisivo. El grupo de Estados agresores necesitaba, absolutamente, contar con España para la realización de sus planes: era una posición-clave, y trataron de asegurársela por cualquier medio. Para no aludir sino a gestiones de las que existe pública constancia, citaré un párrafo del interesante libro publicado por don Augusto Barcia bajo el título *Un golpe de Estado internacional (La política de no intervención)*. El señor Barcia, que fué ministro de Estado de la República Española en el departamento de Relaciones Exteriores hasta después de comenzada la guerra civil, escribe: "...la República española... no quiso prestarse —que se entere el mundo entero— a los amaños que el Duce le insinuaba reiteradamente a través de su embajador en Madrid, Pedrazzi". La ceguera de unos gobernantes a quienes se les escapaba el sentido de tales requerimientos —que pudieron y quizás debieron haber rechazado en ejercicio de *otra* política internacional, pero que desestimaron, pura y simplemente, para atenerse a una pasividad suicida—, era la ceguera del país entero, acostumbrado a vivir y a pensar en términos de política interna. Tan ciego estaba el Estado español frente a las circunstancias en perspectiva que, al borde de la catástrofe, aquel mismo gobierno que rechazaba las insinuaciones de las potencias totalitarias, se mantenía también

desvinculado de la Unión Soviética; cuando comenzó la guerra civil, todavía no había reconcido la República Española al gobierno ruso: era tal vez el único Estado europeo que no mantenía relaciones diplomáticas con ese régimen soviético, que Mussolini había sido el primero en reconocer...

Por supuesto, las potencias agresoras no estaban dispuestas a retroceder ante la mera negativa de un gobierno blando y desorientado. Necesitaban contar con España, y se pusieron en contacto con los grupos sociales rebeldes, para obtener de su inconsciencia y estúpida estrechez de miras lo que les negaba la ingenua honradez de las autoridades legítimas: transformaron una sublevación militar que estaba prácticamente derrotada desde el comienzo en una guerra civil de casi tres años, cuyo curso les sirvió para ensayar y probar las tácticas políticas y militares que en seguida pondrían en ejecución en Europa, una vez dominado el territorio español.

Sin duda, la conducta seguida para con la democracia española por parte de Francia e Inglaterra fué abominable —desde cierto punto de vista, aún más abominable que la de las potencias agresoras—; y para el pueblo español constituyó, como señala con acierto Renato Treves, el definitivo desengaño acerca de unas instituciones liberales que, allí donde prevalecían, se mostraban fosilizadas y como impermeables por completo a todo sentido vivo y humano de libertad. Pero, vista desde otro ángulo, esa conducta debe ser contemplada como una consecuencia de nuestra insensibilidad para los problemas internacionales, de ese inveterado vivir hacia dentro, de la prolongada neutralización del Estado español, que impidió al gobierno de la República la agilidad necesaria para hacerse cargo de la situación de conjunto y maniobrar en el momento oportuno, aprehendiendo la gran coyuntura histórica que se le abría a España en la hora en que su cuerpo social había quebrado el aparato ortopédico con ayuda del cual se reconstituyera de las pasadas adversidades. La conciencia de nuestras propias culpas puede ayudarnos a desechar el resentimiento que ha dejado en las almas españolas la tremenda injusticia padecida.

Pero, en todo caso, el balance de las terribles experiencias de los años pasados no es, en modo alguno, un escepticismo negro acerca del porvenir de la libertad humana. El sentimiento de la libertad es tan profundo en el pueblo español, se encuentra tan arraigado en sus entrañas, le es tan esencial y lo vive con tal independencia de cualquier sistema de instituciones, que es capaz de afirmarse en contra de aquellos ordenamientos jurídico-políticos que, dentro y fuera del país, se han mostrado ineficaces, falaces y vacíos, en busca de otros más efectivos. Y ahora, tras de la catástrofe, la disposición de ánimo de los españoles, tan enfermiza en muchos aspectos, es en uno especialmente sana: en el de saber que su pueblo ha rendido un esfuerzo colosal, a pecho descubierto, por la causa de la libertad, y ello en un estado de inocencia que lo condenaba al fracaso inmediato, pero que aumentaba su valor espiritual. De ahí una total carencia de prejuicios ideológicos, una tranquilidad moral frente a los vencedores en esta guerra de potencias, y el desengaño de externas ayudas; de manera que está dominado por la convicción de que, siendo portador de valores purísimos de libertad, depende de sus solas potencias el sacarlos adelante, y no de la generosidad ajena.

Esta es, a lo que entiendo, la situación actual de los españoles, y a ella responde en mí la crítica del Liberalismo. Frente a la experiencia española, contrasta la de los italianos, que, habiendo sido durante siglos objeto pasivo de intervenciones políticas exteriores, fueron introducidos por el fascismo —tras la experiencia del nacionalismo liberal que fraguara la unidad— en un arriesgado juego de política internacional activa, para el que sacrificó las libertades públicas sin que su temeridad haya obtenido otro resultado que la presente desdicha. Por caminos diferentes, y aún contrapuestos, unos y otros nos hallamos ahora coincidiendo en una situación análoga, y ante la tarea de edificar de nuevo la convivencia civil sobre postulados humanos y decorosos. En esa tarea, puede servir de mucho la compulsación de opiniones, tras la comparación de experiencias.

CAPITULO III

LA EXPERIENCIA POLITICA DE UNA GENERACION ITALIANA

Por Renato Treves

El escrito de Francisco Ayala sobre la experiencia española reviste un vivo interés por haber aclarado que la aversión de los intelectuales españoles hacia las instituciones liberales no sería debida tan sólo a una influencia de carácter cultural, sino a razones más profundas, a tendencias psicológicas características y acontecimientos concretos de la vida política española de estos últimos años. He descubierto, además, con satisfacción, tanto en este escrito como en otras recientes publicaciones de Ayala, una confianza en el triunfo de la libertad que no encontré claramente expresada en el libro objeto de mi comentario.

Con acierto observa Ayala que, por caminos diferentes, y aún contrapuestos, italianos y españoles nos hallamos ahora coincidiendo en una situación análoga y ante la tarea de edificar de nuevo la convivencia civil sobre postulados humanos y decorosos. Me es grato ver el profundo interés que mi colega español demuestra por las vinculaciones espirituales que unen a nuestros dos pueblos y aprovecho esta oportunidad para agregar ahora nuevas consideraciones acerca de este tema tan actual.

Ante todo, deseo aclarar un punto de mi artículo que podría no ser bien entendido. Cuando hablo de la "joven generación italiana" no me refiero a todos los que se han formado después de la guerra del 14, sino solamente a los que en esta generación se sienten vinculados en espíritu a los principios y a las tendencias afirmadas por los *Quaderni italiani*, es decir, por la revista donde por primera vez apareció mi artículo.

Me refería así en primer lugar a los intelectuales que, independientemente de los partidos tradicionales de la época pre-fascista, han combatido a la dictadura mientras les fué posible por medio de libros y revistas, entre las cuales pienso sobre todo en las publicadas por Piero Gobetti y el grupo "Rivoluzione Liberale".* Más tarde, después del golpe de Estado de 1925, estos antifascistas tuvieron que continuar la lucha en forma clandestina o en el extranjero, y actuaron de manera especial en el movimiento "Giustizia e Libertà", que continuaba desarrollando muchas ideas de "Rivoluzione Liberale". Este movimiento era también independiente de los viejos partidos, afirmaba la exigencia de un antifascismo nuevo de raíz, y se proclamaba socialista liberal, según la fórmula algo paradójica propuesta por uno de sus mayores inspiradores: Carlos Roselli.**

Alrededor de los *Quaderni italiani* se reunen, juntos con los exponentes de estos grupos, elementos más jóvenes, que, prescindiendo de las vinculaciones personales que puedan haber tenido con las organizaciones clandestinas, se destacan por no haber sufrido la influencia de la propaganda fascista y por haber mantenido la fe en los principios de la libertad y de la justicia social. Son éstos, coetáneos míos

* PIERO GOBETTI falleció en 1925 a consecuencia de golpes y heridas inferidos por los fascistas. Había publicado numerosos escritos políticos, históricos, literarios, que se encuentran reunidos en los ocho tomos de las *Opere di Piero Gobetti.* Durante algunos años consiguió reunir todo el movimiento de oposición al fascismo alrededor de su editorial y de las dos revistas dirigidas por él: *La Rivoluzione Liberale* y *Il Baretti.* Gobetti resumió su pensamiento político en un volumen: *La Rivoluzione Liberale,* Bolonia, 1924.

** CARLO ROSSELLI fué asesinado en Francia con su hermano NELLO por los sicarios de Mussolini el 9 de junio de 1937. Sobre su pensamiento y acción, v. sus libros *Socialismo liberal, Acción y Carácter,* trad. esp., Buenos Aires, 1944, y también los artículos fundamentales de ALDO GAROSCI (MAGRINI), "Rosselli e la guerra di Etiopia", "Rosselli in Spagna", en *Quaderni Italiani,* números 2 y 3. En las páginas que siguen aprovecho ampliamente estos artículos y otros muchos publicados en la misma revista. Mi propósito no es el de exponer aquí un punto de vista estrictamente personal, sino el de explicar en qué consisten las exigencias comunes a un importante sector de intelectuales italianos.

que estaban a punto de ingresar en el liceo cuando el fascismo conquistó el poder, y otros todavía más jóvenes, que, como algunos redactores de los *Quaderni,* declaran que "a los cinco años eran *balillas,* a los diez fascistas, a los dieciséis hubieran tenido que ser ultrafascistas y, sin embargo, a los dieciséis empezaron a dudar, para pasar a los diecisiete a la oposición y emprender así la lucha revolucionaria". Estos jóvenes, cuyo número es difícil calcular, constituyen, sin duda, un conjunto bastante grande, mayor de lo que a veces podría suponerse, porque han formado su conciencia espontáneamente a causa de las condiciones espirituales que el fascismo creaba sin darse cuenta. Por el carácter dogmático y demagógico de su propaganda, caracterizada por la repetición insistente de fórmulas vacías racionalmente inaceptables como "creer, obedecer, luchar", "el duce tiene siempre razón", la doctrina fascista no podía, en efecto, penetrar de modo profundo en aquellos que estaban dotados de capacidad reflexiva y crítica, y experimentaban hacia ella un instintivo y natural sentimiento de desprecio y de rebeldía. Tales sentimientos podían extenderse, desarrollarse y adquirir mayor conciencia de sí mismos por la gran facilidad que en Italia existía para acercarse a las fuentes directas de la cultura política, y más aún por el medio favorable que esos jóvenes podían encontrar en la enseñanza secundaria y superior. Es sabido que *La Crítica* de Croce salió siempre con regularidad y que, en Italia, no sólo las obras políticas clásicas sino también las de conocidos antifascistas, se podían leer en las bibliotecas y hasta se encontraban en las librerías. Es también sabido que, pese a la imposición formal de adherirse al régimen, nunca faltaron profesores que en las escuelas secundarias y, sobre todo, en las universidades, no ocultaran su disconformidad con el fascismo y favorecieran con los medios a su alcance la formación libre y autónoma de la conciencia política de los jóvenes de espíritu más elevado, quienes, al trabajar por la cultura, trabajaban implícitamente contra el fascismo.

Como puede verse, el objeto de mis observaciones es bastante restringido. No se debe olvidar, sin embargo, que nuestro problema es

el de las ideologías políticas creadas y elaboradas por *élites* y que por eso debemos prescindir de la consideración de las masas que sostienen y realizan tales ideologías con la fuerza de su número y el poderío de su acción. Creo que se puede afirmar, no obstante, que las ideologías a que me refiero pueden ser sostenidas con facilidad mayor por las masas trabajadoras que por muchos jóvenes de la clase media y alta que han sido fascistas por ambición y por falta de sentido crítico y que, desorientados y desilusionados, pasan hoy al campo opuesto. Las grandes posibilidades de penetración y de éxito del socialismo liberal entre los obreros, a mi modo de ver, se fundamentan sobre todo en el hecho de que esta ideología, al oponerse al fascismo, lo ha entendido en el mismo modo que lo entienden las clases trabajadoras, es decir, como una dictadura burguesa. Por razones de contraste, los socialistas liberales no sólo defienden la libertad en contra del fascismo, sino que luchan en contra del capitalismo burgués que la ha traicionado, y las clases trabajadoras, por iguales razones, no sólo luchan contra el capitalismo burgués sino que sienten y afirman cada vez más claramente las exigencias de libertad y democracia.*

* Es sabido que el antifascismo en las clases trabajadoras ha surgido ante todo por razones económicas, por ejemplo, por el hecho de que el fascismo, que hablaba mucho de mejorar las condiciones materiales de los obreros, en la práctica se preocupaba solamente de imponer gravámenes corporativos, asistenciales, etc., que incidían fuertemente en los salarios ya insuficientes. Sin embargo, a estas y otras razones de carácter puramente ecoómico se unían consideraciones de orden político que despertaban una exigencia profunda, aunque confusa, de libertad y democracia. El fascismo, en efecto, a pesar de que declarase ayudar a los obreros en sus reinvindicaciones, en la práctica los privaba de los derechos y autonomías que habían conquistado bajo los regimenes anteriores, como lo prueba el hecho de que no podían elegir de su propia seno sus representantes sindicales, sino que tenían que aceptar los nombrados desde arriba que eran personas extrañas al mundo del trabajo, prepotentes con los obreros e incapaces de escuchar sus voces y sus legítimas aspiraciones. Además, la exigencia de la libertad era sentida con mayor fuerza todas las veces que eran obligados a participar en manifestaciones de falso entusiasmo o que debían constatar que

Este carácter de dictadura burguesa propio del fascismo explica por qué los jóvenes a quienes me refiero tienen una fe obstinada en la libertad, que, observada desde fuera, puede aparecer a Francisco Ayala hasta *ingenua,* pero que, en su último espíritu, es profundamente moderna y revolucionaria. Para aclarar mejor este punto, que en mi artículo podía parecer dudoso, intentaré explicar cómo las nuevas generaciones italianas han desarrollado en el campo teórico principios históricos y filosóficos afirmados por hombres que pertenecieron a los partidos liberales y conservadores de la éopca prefascista; pero que, en el campo práctico de la acción, se encontraron en oposición con aquellos hombres y partidos, así como con las instituciones e intereses económicos que defendían.

Es sabido que, en un primer tiempo, las bandas fascistas fueron ayudadas por el dinero de los industriales, y pudieron desarrollar con impunidad sus actividades criminales por la tácita connivencia de los gobiernos liberales y democráticos. Más tarde, al consolidarse la dictadura, los puestos de mayor responsabilidad en el campo de la industria, del comercio, de la Administración pública y hasta de la política, fueron ocupados por las clases y los hombres que en su mayor parte habían apoyado a los gobiernos del régimen anterior y que hasta poco tiempo atrás se declaraban fieles defensores de la libertad y de la democracia.

Frente a esta situación, en que la burguesía alta y media había traicionado los principios liberales y democráticos para defender sus intereses, el liberalismo y la democracia antifascistas tuvieron que tomar, evidentemente, actitudes antiburguesas y anticapitalistas. Entre el liberalismo cnservador, cuyas fuerzas se habían pasado en gran parte al fascismo, y el liberalismo nuevo, que surgía después y en contra del fascismo, no podía dejar de existir en el terreno de la práctica un profundo contraste. El primero, vinculado a los intereses y a la estructura capitalista, el segundo, contrario a esos intereses y a esa

ya no tenían ningún medio legal para oponerse a la burocracia corporativa que estaba siempre de acuerdo con los representantes patronales.

estructura. El primero, decididamente contrario a los republicanos, socialistas y anarquistas; el segundo, unido en espíritu a ellos, sobre todo en cuanto se refiere a las tendencias liberales y proletarias. Sobre el particular, Gobetti y Rosselli expresaron con claridad su pensamiento. Gobetti criticó a los viejos partidos liberales y democráticos por haberse limitado a una política de equilibrismo parlamentario y no haber entendido que el movimiento de emancipación obrera constituye el verdadero movimiento liberal de la Edad Moderna y que "el liberalismo nuevo debe identificarse en Italia con la revolución obrera para procurar las primeras garantías y fuerzas de un desarrollo autónomo de las iniciativas". Rosselli opone al liberalismo burgués de los viejos partidos vinculados al liberalismo económico y a la propiedad privada un liberalismo nuevo, socialista y proletario. En su concepto, la función liberal que la burguesía ha desarrollado en el siglo pasado luchando contra los privilegios feudales y eclesiasticos, debe ser cumplida hoy por el proletario, que es la auténtica clase revolucionaria y renovadora. "El socialismo como movimiento de emancipación concreta del proletariado es un liberalismo en acción; es la libertad que se realiza por las clases humildes".

El contraste profundo que separa al viejo del nuevo liberalismo en el campo de la acción política y económica no excluye las evidentes vinculaciones en el campo teórico de la cultura. Los adherentes a "Rivoluzione Liberale" y "Giustizia e Libertà", así como muchos antifascistas más jóvenes, han sufrido en este campo una indudable influencia por parte de muchos maestros que pertenecían al viejo liberalismo y seguían fieles a su ideología. Por lo que se refiere a la filosofía y a la historia, por ejemplo, yo he intentado indicar en otra oportunidad cuáles han sido los principales puntos de contacto que vinculan el pensamiento de Croce a las jóvenes generaciones.* A este propósito, he recordado su concepción de un liberalismo que es la esencia misma de la filosofía moderna, y que, por lo tanto, es independiente de los princi-

* V. mi ensayo *Benedetto Croce, filósofo de la Libertad,* Buenos Aires, 1944.

pios económicos de la burguesía capitalista; y he recordado también su idea de una exigencia liberal implícita en el socialismo, su interpretación crítica del marxismo y, en fin, su aversión a las concepciones filosóficas y sociológicas de la Alemania contemporánea, que tanto éxito tuvieron entre los españoles de la *Revista de Occidente*. Al poner en evidencia estos y otros puntos de contacto en el campo de la historia y de la filosofía, hacía notar, sin embargo, que existía un contraste evidente en el campo práctico de la acción, por cuanto Croce, vinculado a instituciones e intereses conservadores, no podía aceptar las conclusiones revolucionarias que las nuevas generaciones deducían de los principios téoricos enseñados por él. Y lo que dije a propósito de Croce puede decirse también de otros conocidos maestros del liberalismo italiano prefascista, como, por ejemplo, Einaudi para la Economía y Ruffini para el Derecho.

Después de haber aclarado así algunos aspectos de la experiencia política italiana que explican, en lo principal, las diferencias que la separan de la española, debo decir, no obstante, que esta diferencia ha ido desapareciendo en los últimos años. La guerra civil española, que ha sido también la guerra del antifascismo italiano; el régimen de Franco, que es, como el fascista, capitalista y burgués, y, en fin, la guerra actual, que ha puesto a italianos y españoles en una actitud de independencia y expectativa, son todos acontecimientos que han acercado en modo notable a los antifascistas de ambos países. En el momento actual se nota una comunidad de sentimientos y de aspiraciones que dirige hacia fines comunes a dos generaciones coetáneas de distinta formación cultural. Creo, pues, que para fortalecer los lazos y dar mayor eficacia a los esfuerzos no será del todo inutil exponer a los republicanos españoles cuál es en esta hora el punto de vista de los italianos de quienes hablo.

Para explicar con exactitud el significado y la importancia de este punto de vista, retrocederé en algunos años, hasta el período de la guerra de Etiopía, que marca el comienzo de una orientación nueva en la política fascista y, por consiguiente, en la lucha antifascista. De

una parte, con esa guerra el fascismo desplaza su centro de actuación desde el campo interno al internacional, y pasa de la etapa de las ideologías corporativas y de las persecuciones contra los opositores, a la etapa de los sueños imperialistas, de la lucha contra la Sociedad de las Naciones y del acercamiento a Alemania. De otra parte, el antifascismo vuelve a reflexionar sobre sus fines y métodos de lucha, y se divide en dos tendencias distintas: la de las nuevas y la de las viejas generaciones, la de los hombres que habían pertenecido y dirigido los partidos tradicionales anteriores al fascismo, y la de los que se habían formado después, en la lucha contra el fascismo.

Los antifascistas de la vieja generación, que habían creído en la eficacia de la resistencia pasiva opuesta por el Aventino, continuaron teniendo confianza en los métodos pasivos que en el plano internacional seguirían las grandes potencias democráticas de Europa. Por eso, los representantes de los partidos tradicionales italianos, socialistas, comunistas, demócratas, republicanos y hasta los independientes de la Liga de los Derechos del Hombre, se reunieron en Julio de 1935 en Bruselas, en el Congreso de los Italianos del Extranjero, y decidieron por gran mayoría enviar un telegrama a Eduardo Benes, presidente del Consejo de la S. D. N., reclamando una firme política de sanciones en contra del fascismo.

Frente a esta actitud de las viejas generaciones, se destacó el punto de vista de los jóvenes del movimiento "Giustizia e Libertà". Estos se abstuvieron de participar en el Congreso, no sólo porque consideraban que las sanciones establecidas por razones internacionales no podían ser reclamadas por revolucionarios italianos, sino sobre todo porque se sentían alejados por una profunda divergencia espiritual de sus compañeros de destierro y de lucha política.

La mayoría de los antifascistas tenía aún confianza en las potencias conservadoras y democráticas de Europa, y esperaba que pudieran transformarse en fuerzas eficaces en la lucha contra el fascismo. Esta confianza, esta esperanza no existía en cambio en el espíritu de los jóvenes que, desde mucho tiempo atrás, por la enseñanza de Salvemini,

habían aprendido a desconfiar de las fuerzas conservadoras europeas, que muchas veces habían sido solidarias y cómplices del fascismo, y que tampoco en aquella oportunidad demostraban un firme propósito de combatirlo y aplastarlo. Según los adherentes al movimiento "Giustizia e Libertà" el fascismo no era otra cosa que el producto histórico de la democracia corrompida y decadente que había traicionado sus ideales. El fascismo, como decía Rosselli, sintetizaba "en un plano de putrefacción, todas las viejas corrientes políticas prefascistas"; era, pues, inutil combatirlo desde las posiciones anteriores y había que plantear la lucha sobre nuevas bases. Sin adherirse pasivamente al movimiento internacional de las sanciones, que consideraban ineficaces, sin participar en el coro de las protestas humanitarias que se alzaban en contra del acto de piratería fascista (protestas que a nadie conmovían), los jóvenes de "Giustizia e Libertà" afirmaron la exigencia de adoptar una actitud revolucionaria autónoma. La guerra de Etiopía, que era un desastre desde el punto de vista económico, había sido emprendida a su modo de ver por razones internas: para proporcionar un cierto ideal a los espíritus desilusionados e inquietos; para ofrecer a las mentes un interés y una ocupación en algo nuevo; para fortalecer el fascismo en el poder mediante una diversión grandiosa y una militarización en masa... Por eso, era preciso aprovechar la oportunidad para hacer por todos los medios que estallara en Italia misma la lucha revolucionaria.

No voy a recordar las desesperadas tentativas hechas con ese fín: las conferencias con los otros grupos antifascistas, las apelaciones a la Segunda y Tercera internacional, y, en fin, las represiones de la policía fascista y las sentencias feroces del *Tribunale Speciale* contra muchos jóvenes intelectuales, adherentes de "Giustizia e Libertà". Lo importante es recordar que con la guerra de Etiopía los antifascistas más jóvenes, separándose de los partidos tradicionales, tuvieron el mérito de afirmar un principio de autonomía frente a la política de las potencias europeas. Estos jóvenes se habían dado cuenta de que para luchar eficazmente contra el fascismo no se podía contar

tan sólo con el juego de la política internacional, sino que era preciso hacer hincapié sobre todo en razones ideales y fuerzas revolucionarias. Para ellos, el fascismo apelaba a la guerra como último recurso para levantar los espíritus decaídos y desilusionados ante la amenaza de la ruina económica y social. Era, pues, el momento oportuno para oponerse a la dictadura con todas las fuerzas; era el momento de acercarse a esos mismos espíritus, y alentarlos y decidirlos a la lucha por el socialismo y la libertad.

Esta tendencia de autonomía y de iniciativa revolucionaria, que, durante la guerra de Etiopía, dominó tan sólo sobre un pequeño núcleo de antifascistas italianos, se propagó, al estallar la guerra civil española, a la gran mayoría, que terminó por abandonar definitivamente las viejas posiciones y los métodos tradicionales.

El hecho de que el gobierno francés, contraviniendo sus obligaciones, no enviase a España el material de guerra que ésta necesitaba, el absoluto desinterés que demostraba la Sociedad de las Naciones, el tácito consentimiento que el gobierno británico daba a las maniobras del nazi-fascismo y la ayuda que la política de no-intervención proporcionaba indirectamente a Franco, no dejaban lugar a dudas sobre las intenciones de las democracias europeas.* La esperanza de que éstas llegaran todavía a convertirse en fuerzas antifascistas eficaces había podido engañar a los italianos durante la guerra de Etiopía, pero no pudo seguirlo haciendo después, frente a los nuevos acontecimientos cuya significación era clara e inequívoca.

Desde su comienzo, la guerra civil española, si por un lado hacía desaparecer las últimas esperanzas de ayuda por parte de las potencias europeas, por el otro fortalecía en los italianos el espíritu de iniciativa y la confianza en la acción autónoma y directa. Por tradición secular, los movimientos revolucionarios españoles se caracterizan por transcender los límites nacionales y despertar el interés y aceptar la colaboración de los hombres libres de todos los países. Así, también el movi-

* AUGUSTO BARCIA, *La política de no intervención*, Buenos Aires, 1942, y GAETANO SALVEMINI, *La derrota de Maquiavelo*, Buenos Aires, 1943.

miento que empezó a manifestarse en Julio de 1936 tomó en seguida este carácter, presentándose como un factor decisivo para el triunfo de la libertad en el mundo. Se trataba, en efecto, de un pueblo que luchaba en contra de un ejército y de una casta, de una república que defendía los ideales del socialismo y del liberalismo en contra de una típica agresión fascista. Y por eso, no rechazaba la ayuda del antifascismo internacional, sino que la aceptaba con agrado y recibía con entusiasmo a los voluntarios de todos los países que acudían a España para participar en la contienda de manera espontánea.

Este carácter de la guerra española que, al afirmar ideas universales, borraba todas las distinciones y rivalidades entre naciones, no escapó a la observación de los italianos, que ya durante el conflicto etíope se habían opuesto a las actitudes colaboracionistas, afirmando la necesidad de insurguir y de luchar por razones ideales.

Rosselli y los hombres de "Giustizia e Libertà" resolvieron desde el principio participar en la lucha de modo directo. Su pensamiento era claro: la guerra española constituía el hecho nuevo que podía despertar de su letargo a los viejos partidos y a los hombres del frente popular; era el golpe decisivo que cortaba las incertidumbres, disipaba las ilusiones, aclaraba los contrastes y obligaba a tomar posiciones precisas en pro o en contra del fascismo. Del éxito de la lucha entre la España moderna y proletaria y la España feudal y burguesa pensaban ellos que podía depender, por muchos años, el éxito de la lucha social en Europa; y, en el conjunto del panorama internacional, consideraban con especial interés el problema italiano. Al destacar, no ya el aspecto defensivo, sino el agresivo y combatiente de la guerra española, esperaban alejar para siempre al antifascismo italiano de las viejas posiciones, para procurarle una mayor unidad y un espíritu más activo y revolucionario. Con las palabras: *Oggi in Spagna, domani in Italia,* señalaban la exigencia de que los antifascistas italianos se enfrentaran por fin, cara a cara, con las milicias enviadas a escondidas por Mussolini, extendiendo con ello hacía Italia la revolución española. Para ellos el contacto y el choque directo

entre los voluntarios italianos y las milicias fascistas tenía que alentar a los espíritus libres que permanecían en la patria, y empujarlos a la acción. Decían textualmente: "Así como en el Risorgimento, en la época más sombría, cuando casi nadie se atrevía a esperar, desde el extranjero llegó el ejemplo y la incitación, así hoy estamos convencidos de que este esfuerzo, modesto pero varonil, de los voluntarios italianos sustentará mañana una poderosa voluntad de rescate".

Este nuevo espíritu de acción independiente que, durante la guerra de Etiopía, dominaba tan sólo en una minoría de antifascistas, se extendió con rapidez, como digo, al estallar el conflicto español, a la gran mayoría de los italianos libres. En un primer momento, al encontrar cierta resistencia en los partidos tradicionales, la participación fué organizada por el grupo de Rosselli en unión de otros antifascistas independientes y numerosos anarquistas. En conjunto, formaron la Columna italiana que, ya en agosto de 1936, se distinguió en Montepelado, en el frente aragonés, y que, incorporada después al Batallón Matteotti, siguió combatiendo en ese mismo frente hasta la batalla del Ebro, en la primavera de 1938. En un segundo momento, es decir, a fines de 1936, al ser aceptada la idea de la participación también por los partidos tradicionales, la contribución italiana a la guerra fué más numerosa y eficaz. Y ello ocurrió especialmente por méritos de la Brigada Garibaldi que, bajo el mando de Randolfo Pacciardi y el patronato de los partidos socialista, comunista y republicano, peleó en el frente de Madrid en numerosas batallas, y sobre todo en la de Guadalajara. No es mi propósito recordar aquí lo que los antifascistas italianos hicieron en España. Los españoles lo saben y lo reconocen con toda lealtad. Es necesario, en cambio, recordar que la experiencia de la guerra no ha creado tan sólo fuertes vínculos de hermandad entre nuestros dos pueblos, sino que ha contribuído también a que los antifascistas italianos y los republicanos españoles se encontraran en una actitud espiritual muy parecida ante los acontecimientos que poco después vendrían a atormentar al mundo entero.

El 29 de marzo de 1939, después de casi tres años de resistencia heroica, sucumbía Madrid. Los hombres que habían luchado hasta lo último contra el nazi-fascismo, siguieron sufriendo todavía, encerrados en los campos de concentración de Francia, bajo un trato de evidente hostilidad, y allí se encontraban cuando Francia misma se vió arrastrada, por una fataliad inexorable, a la guerra contra el mismo enemigo que agrediera a España. Los antifascistas de todo el mundo, y en especial los refugiados en Francia, no podían dejar de darse cuenta de la diferencia existente entre la recién concluída guerra civil española y la guerra mundial que estaba comenzando. En España se había peleado encarnizadamente por dos concepciones opuestas: eran los defensores de la libertad que luchaban en contra del despotismo, un pueblo en contra de un ejército y una casta, una masa proletaria en contra de la sociedad burguesa y feudal. En Francia casi no se peleaba. Se permanecía inactivo detrás de la línea Maginot aún incompleta, en espera del momento en que atacara Hitler para destruír en pocas semanas un ejército glorioso. Al enemigo mortal que realizaba terribles estragos en la Europa central no se oponía ninguna ideología, ninguna concepción que levantara y agitara las conciencias. Un sólo pensamiento y una sóla esperanza dominaban las almas perturbadas: que los horrores de la guerra respetaran a Francia, que la guerra fuese para ella "una guerra sin muertos". Toda acción, toda idea que pudiera oponerse a este pensamiento o hacer desaparecer esta esperanza tenía que ser enérgicamente alejada y reprimida. Así, Francia, a pesar de estar en guerra con Hitler, no quiso adoptar una clara actitud antifascista que le hubiera asegurado la popularidad y el apoyo de todos los hombres libres. Se encerraba, en cambio, en rígidas posiciones conservadoras. Hacía lo posible por reducir el conflicto a Alemania, esperando que Mussolini permaneciera neutral y, acaso, incluso se separase de su poderoso aliado. Y aunque Mussolini no prometiera cosa tal, y sus diarios oficiales declarasen que la no-beligerancia era, en substancia, una casi-beligerancia, los dirigentes franceses, y con ellos también los ingleses, jamás pensaron en atacar

a una Italia débil y desarmada, sino que, por el contrario, le enviaron materias primas y, para no provocar la susceptibilidad de su *duce*, hasta rechazaron la ayuda de los voluntarios antifascistas que deseaban pelear en contra de Alemania. Por eso, cuando a fines de mayo de 1940 el ejército italiano agredió a Francia, que estaba ya vencida, Mussolini, principal responsable de este acto, realizó —como dijo Salvemini— "un asesinato cobarde", pero no una traición, como fué interpretada por quien lo definió "puñalada por la espalda". La verdadera "puñalada por la espalda" hubiera sido, en cierto sentido la que los dirigentes franceses e ingleses esperaron durante muchos meses, ingenuamente, que Mussolini pudiese dar a su aliado Hitler.*

Después de la caída de Francia, la heroica resistencia de Inglaterra, resuelta a pelear hasta el final, la ruptura del pacto germano-soviético que aclaraba muchas dudas y confusiones y, por último, la eficaz intervención norteamericana y el formidable esfuerzo de guerra, que no dejaba duda acerca de los fines, no ya defensivos y negativos, sino positivos y constructivos, de los aliados, volvieron a alentar a los antifascistas, libres ahora de la desconfianza y el escepticismo que habían tenido en los primeros meses de esta guerra. En efecto: hubieron de celebrar que, por fin, desapareciera el principio de no-intervención que había conducido a la caída de España y a la capitulación de Munich; y constataron, satisfechos, la progresiva adhesión de los pueblos a la guerra, la mayor claridad de los ideales y el decidido propósito de aplastar definitivamente a las potencias del eje. Por todas estas razones, los antifascistas colaboraron en el esfuerzo de los aliados con todos los medios a su alcance: se ofrecieron voluntarios, deseando combatir el nazi-fascismo bajo cualquier bandera y, cuando no pudieron hacerlo, intensificaron su actividad de propaganda y trabajaron para alentar a los compatriotas al sabotaje y a la resistencia, afirmando que sólo el triunfo de los aliados podía determinar la libertad y la independencia de la patria.

* GAETANO SALVEMINI, *La derrota de Maquiavelo*, p. 184.

Esta plena y perfecta coincidencia de esfuerzos en el orden práctico de la guerra no pudo, sin embargo, corresponder a una coincidencia de igual plenitud y perfección en el orden de las ideologías y de las aspiraciones. Aquella concepción clara y positivamente antifascista que faltó a Francia en los primeros meses de la guerra no se desarrolló en forma segura y concreta ni siquiera en los años siguientes. Y lamento deber constatar que tampoco ahora, cuando la guerra está a punto de concluír, se ha manifestado todavía en tal forma.

Demasiadas son las pruebas que confirman este hecho, para que se pueda esperar una completa adhesión de los antifascistas a los aliados en el terreno del pensamiento y de las ideologías. Los antifascistas están obligados a tomar una actitud de crítica y de autonomía en este terreno, frente a los síntomas graves e indudables que se han revelado en los años de guerra: el extremo pragmatismo de los aliados, que hace suponer una falta de convicciones espirituales profundas y que se ha manifestado, por ejemplo, en la cordialidad de las relaciones con la España de Franco, o en la frialdad que los Estados Unidos han mostrado por mucho tiempo hacia De Gaulle; las tendencias tradicionalistas y conservadoras que se han evidenciado, por ejemplo, al reconocer a Otto de Augsburgo como jefe de una simbólica legión austriaca, y que se evidencian todavía hoy con la simpatía hacia el principio monárquico en Italia, y acaso también en España; la hostilidad y el temor respecto de cualquier acción resueltamente progresiva y antifascista que las Naciones Unidas han revelado al reprimir los movimientos democráticos entre los prisioneros italianos, a quienes se mantiene aún bajo el control de oficiales y sacerdotes fascistas, y sobre todo al oponerse a la formación de una legión de italianos libres residentes en el extranjero, que deseaban luchar por la liberación de su país; y, por último, la gran facilidad para transigir en el campo de las ideas que, antes del golpe de Estado del 25 de Julio pudo despertar el temor a la formación de un fascismo sin Mussolini y aliadófilo, dirigido por Grandi o por otro posible "Darlan" italiano, tendencia que, después del armisticio, impulsó a los aliados

a apoyar con energía al rey y a Badoglio y a considerar con cierta desconfianza a los hombres que siempre habían sido sincera y profundamente antifascistas.*

Afortunadamente, todas estas tentativas de salvar algo de la vieja estructura tradicionalista, fascista y colaboracionista de Europa están fracasando; pero todos estos hechos son suficientes para explicar por qué los antifascistas, pese a que colaboran con los aliados poniendo todas sus fuerzas en la acción inmediata de la guerra, no pueden ni deben renunciar en el campo ideológico a su propia autonomía de pensamiento y a su propia libertad de juicio y crítica.

Algunos jóvenes que pertenecieron a las organizaciones clandestinas en Italia han manifestado en agosto de 1942, en el número 2 de los *Quaderni italiani,* sus opiniones sobre la guerra actual, y conviene recordarlas aquí, ya que expresan exigencias que creo son todavía vivas y actuales. Reconociendo que la guerra va dirigida contra el enemigo mismo al que desde hace más de veinte años combate el antifascismo italiano, estos jóvenes rechazan, ante todo, la tendencia neutralista y afirman la necesidad de colaborar con los aliados en la guerra contra el totalitarismo, cuyo triunfo significaría el mayor desastre de la historia humana. La colaboración en el esfuerzo de guerra "no debe significar, sin embargo, identificación política con los gobiernos democráticos o con el de la Unión Soviética, sino que debe afirmar el derecho del pueblo italiano a determinar su destino y a realizar su revolución"; derecho conquistado por la dedicación total de los italianos libres a la causa antifascista. Estos jóvenes, que han nacido después de la guerra del 14 y se han formado en las escuelas fascistas, dicen que han conocido a fondo el fascismo y creen que los jefes de las potencias democráticas, muchos de los cuales sintieron admiración por Mussolini hasta hace pocos años, interpretan ahora con demasiada superficialidad el fascismo, y son demasiado optimis-

* Una detallada documentación de estos hechos se encuentra en el libro de G. SALVEMINI y G. LA PIANA, *¿Qué hacer con Italia?,* Fondo de Cultura Económica, México, 1943.

tas al creer en la posibilidad de reconstruír Europa tan sólo mediante la intensificación industrial, la instrucción primaria y el progreso técnico. Ellos desconfían de los planes para administrar Europa desde arriba por la acción protectora de las grandes potencias, y declaran que una solución internacional para la planificación del mundo bien puede ser artificiosa y reaccionaria. Separándose del antifascismo oficial de las grandes potencias, llegan a declarar textualmente: "El fascismo es, en malo, más moderno y actual de lo que es, en bueno, el tradicional Estado democrático: el fascismo es el hijo degenerado y corrompido, pero con todo pertenece a una generación más joven que el padre burguesamente honesto". Y esta premisa los lleva a rechazar toda pretensión de volver al pasado, toda ilusión de poder lograr una paz duradera, sin recurrir antes a una profunda revolución social, y los impulsa a trabajar con empeño para concretar con mayor claridad una concepción radicalmente nueva, una ideología más fuerte, más dinámica y más moderna que la de las viejas democracias.

Más de dos años han pasado desde la publicación de ese artículo; han ocurrido grandes hechos de guerra; el completo triunfo de los aliados es inminente; la paz que entonces era incierta y lejana, es hoy segura y muy próxima. Sin embargo, como dije antes, no creo que todo eso haya contribuído a transformar mucho el estado de ánimo de los antifascistas italianos.

Cuando las grandes potencias vencedoras dicten las normas de la paz y empiecen el formidable trabajo de reorganizar política y económicamente el mundo, el pueblo italiano tendrá, por desgracia, que expiar las graves culpas de sus gobernantes. Es probable que a todos los italianos, sin distinción, se les reserve el lugar de los vencidos. Me parece que ello podría no ser justo desde cierto punto de vista, si se recuerdan, por ejemplo, las luchas encarnizadas que sostuvieron antes de 1926 y las persecuciones y destierros que hubieron de soportar después muchísimos antifascistas; si se considera que los italianos libres fueron los primeros en combatir la dictadura y en indicar a las democracias de Europa cuál era el peligro que las amenazaba; si se

piensa, por último, en los increíbles sufrimientos que padecen ahora todos los italianos bajo la opresión nazi, y el heroísmo con que luchan al lado de los aliados en la guerrilla y el sabotaje. Aun cuando el nuevo gobierno antifascista sea obligado a aceptar condiciones de paz muy duras, y no se le reconozcan a los italianos sus sufrimientos, sus méritos y sus actos de heroísmo, ellos no olvidarán nunca que el extraordinario esfuerzo de las potencias victoriosas ha de restituirles su patria libre e independiente de la opresión alemana, y cooperarán con todas sus energías y los medios a su alcance en el trabajo de reconstrucción mundial dentro de los más diversos campos de actividad práctica.

Esta colaboración que el pueblo italiano prestará con entusiasmo a Rusia, Gran Bretaña y Estados Unidos, no implica, sin embargo, renuncia a la independencia de pensamiento y a la libertad de juicio que, como hemos visto, los antifascistas han mantenido ya durante la guerra. La colaboración, para los italianos como para todos los pueblos que poseen conciencia de su personalidad y de su valía, no debe resolverse nunca, en el campo político y espiritual, en un abandono de su propia autonomía y en una adhesión incondicional. Fieles a la enseñanza de Mazzini, saben los italianos libres que todo pueblo tiene una misión que cumplir para el progreso de la humanidad e, indudablemente, no quieren renunciar al papel que les corresponde en la tarea común, ya que esa renuncia significaría la muerte, la negación de sí propio.

Pero ¿en qué puede consistir esa misión de los italianos? ¿Cuál puede ser la labor particular que tendrán que cumplir en el futuro próximo?

Cuando se piensa que los antifascistas italianos, por haber sido los primeros en oponerse al fascismo y los que durante más tiempo han sufrido su opresión, son también los que mejor y más a fondo lo conocen, cabe afirmar acaso que su misión consiste ante todo en continuar la lucha hasta la eliminación completa de ese mal. Y no se crea que esta es una tarea demasiado fácil, porque, sin duda, el fas-

cismo, aplastado como potencia militar e imperialista, intentará resurgir insidiosamente, junto con tendencias reaccionarias, despóticas y conservadoras. Me parece que las grandes democracias, que durante largos años han favorecido al fascismo y que, tal vez careciendo de una fe profunda, han hecho a veces transacciones con él, no serán —a menos que no cambien de raíz después de la guerra— las más capacitadas para combatir una nueva forma de fascismo que se oculta a veces bajo actitudes y apariencias democráticas. Hasta puede ocurrir que lo favorezcan, con la esperanza de hallar en la alta burguesía y en los elementos conservadores (probables apoyos de esta nueva forma de fascismo) garantías de orden y de sumisión, mayores de las que ofrecerían los antifascistas auténticos, que desean profundas reformas sociales y no pueden renunciar a su libertad de pensamiento y juicio. Corresponderá, pues, a estos antifascistas la difícil tarea de descubrir las maniobras y aclarar las equivocaciones y las confusiones que intenten hacer las clases que, por salvar sus intereses, hace veinte años traicionaron los principios del liberalismo para apoyar a la dictadura. Y para cumplir con eficacia esa misión, los italianos tendrán que afirmar ideas revolucionarias que no se vinculen para nada con el pasado prefascista y que, surgiendo de una oposición radical al fascismo, lo nieguen y lo superen, tanto en lo económico como en lo político y moral.

Pudiera ocurrir que el fascismo sobreviviese, no sólo con el apoyo de tendencias reaccionarias y conservadoras, sino también aprovechando los sentimientos egoístas y prepotentes del nacionalismo. Las relaciones del fascismo con el nacionalismo son bien conocidas, y está justificado el temor de que este último se fortalezca después de la guerra, si se considera que el nacionalismo fué siempre producto de las guerras, que empujan a la violencia y despiertan deseos de dominio en los vencedores y aspiraciones de revancha en los vencidos.

No podemos prever cuáles serán las condiciones de la paz. Esperamos que el espíritu de equilibrio, serenidad y justicia de los vencedores, implacable con los responsables de esta gran tragedia, evita-

rá todo lo que pudiera encender en los pueblos que ya han sido afligidos por tantos sufrimientos un sentimiento de rencor y deseos de venganza. Sea como quiera, una importante tarea de los antifascistas italianos será la de impedir que a las posibles tendencias nacionalistas e imperialistas de los vencedores se opongan en el país concepciones igualmente imperialistas y nacionalistas. Es preciso situarse en un plano más alto, y afirmar en contra de estas tendencias y concepciones que la grandeza de una nación no radica en su territorio, sino en la idea que de él surge; no depende de su fuerza material, sino del principio espiritual y moral que desarrolla y defiende. Para este fin, los italianos, renegando del vergonzoso paréntesis fascista y de algunas desviaciones nacionalistas de la Italia monárquica, tendrán que volver a inspirarse en las puras fuentes del Risorgimento, y sobre todo en Mazzini, cuya doctrina debe dirigir un segundo Risorgimento nacional. Desde un siglo atrás, este gran maestro enseña a distinguir "la santa palabra nacionalidad" del "mezquino, celoso, hostil nacionalismo", declarando que quienes los confunden incurren en un error tan grave como el de quien "confunde religión con superstición".* El nacionalismo, para Mazzini, es el imperialismo que no conoce límites fuera de su propia fuerza, y que, aspirando a hegemonías usurpadoras, crea desconfianza y odio, niega todo principio de solidaridad humana y quita a los pueblos que lo practican toda capacidad de iniciativa y de progreso. La nacionalidad, en cambio, tomada en su exacto sentido, es por su misma esencia armonía y solidaridad, y requiere para desarrollarse la colaboración espontánea de las otras nacionalidades, que con ella trabajan por la civilización y el progreso. "La nacionalidad —dice Mazzini— es una aptitud especial adquirida por la tradicional capacidad de un pueblo para cumplir mejor que otro un determinado oficio en el trabajo común." "La nacionalidad es la parte que Dios reserva a un pueblo en el trabajo de la humanidad. Es su misión, la tarea que debe cumplir en la tierra para que

* MAZZINI, "Nazionalismo e Nazionalità", en *Scritti Editi e Inediti*, XVII, pp. 162 *ss.*

el pensamiento de Dios pueda realizarse en el mundo; es el trabajo que le da derecho de ciudadanía dentro de la humanidad; el bautismo que le presta el carácter y le procura el lugar de hermano entre los pueblos." *

Si cabe hablar de posibles tentativas para hacer resurgir el fascismo bajo apariencia democrática en Italia,** hay que reconocer, sin embargo, que tal posibilidad puede ser más verosímil en otros países. Entiendo que en Italia, tentativas de esa índole sólo podrían manifestarse si estuvieran muy apoyadas por las potencias vencedoras, y estoy seguro de que ni siquiera así tendrían éxito, porque el pueblo está ya inmunizado contra el peligro fascista por conocer a fondo sus métodos, torpezas e hipocresías. Además, el desprecio hacia el fascismo desde el punto de vista moral e intelectual domina en vastos sectores del pueblo italiano, y en las cárceles, en las organizaciones clandestinas y en el destierro han madurado ya ideas renovadoras y medidas radicales en contra de toda amenaza fascista. En cambio, en los otros países donde el fascismo ha sido conocido de modo superficial y a veces incluso ha sido admirado, puede ser mucho más grave el peligro

* MAZZINI, *Nationalité*, en "Ed. Nazionale", VI, p. 127. Sobre este tema v. ALESSANDRO LEVI, *La filosofia politica di Giuseppe Mazzini*, Bolonia, 1922, cap. VIII.

** Un ejemplo que demuestra esta posibilidad puede ser encontrado ya en Buenos Aires en la revista en lengua italiana *Domani*, que empezó a aparecer en junio de 1943. Esta revista, dirigida por PAOLO VITA FINZI, parte del principio de que el fascismo se equivocó radicalmente sólo desde 1938, año en el cual su director peleaba todavía en España como voluntario de las milicias fascistas. Partiendo de este principio, es fatal que la revista *Domani* desconozca la importancia, el sentido, casi la existencia del auténtico antifascismo italiano; que intente identificar Italia con fascismo y confundir valores morales y espirituales profundamente distintos; que niegue toda diferencia entre nacioalismo y nacionalidad y entre el socialismo liberal de las antifascistas y las mentiras del corporativismo fascista; que mezcle absurdas pretensiones de preeminencia italiana en Etiopía con la adhesión incondicionada de las ideologías de las Naciones Unidas; en una palabra, que intente lo que Salvemini juzga imposible: "hacer una tortilla democrática sin romper huevos fascistas".

de un resurgimiento fascista bajo formas nuevas. Considérese que la oposición de los aliados al fascismo se ha realizado sobre todo en el terreno de la guerra, y que en el terreno ideológico las transacciones han sido frecuentes y alarmantes. Además, hay que tener en cuenta que la guerra ha obligado a pueblos democráticos y pacíficos a organizarse por razones de defensa en forma militar y totalitaria, poniéndose al nivel del fascismo y creando involuntariamente peligrosos gérmenes de nacionalismos y de violencias. No se puede excluír que, en las naciones vencedoras, la tendencia del personal de gobierno a permanecer en el poder, los nombramientos de los jóvenes por elección desde arriba y no por concurso, así como otros sistemas creados por razones de guerra, produzcan tal vez graves consecuencias después de la paz. No se puede excluír, observa a este propósito Garosci, "que una rebelión de todos los descontentos barra las actuales *élites* liberales e implante, por reacción al totalitarismo moderado, un totalitarismo violento. O también que esas mismas *élites*, perpetuándose en el poder, después de la actual oposición al peligro totalitario, que en cierto sentido las obliga a permanecer en las vías del liberalismo, terminen por transformarse ellas mismas en totalitarias".*

En la lucha por la destrucción radical y definitiva del fascismo y del nacionalismo, y en el esfuerzo para la concretización de una idea nueva y capaz de orientar a los pueblos para el progreso y la civilización, creo que Italia puede contribuir con un aporte de cierta importancia. Acaso en este aporte ideal consista la misión de Italia en el mundo; misión madurada en veinte años de graves opresiones y conquistada con sufrimientos y sacrificios indescriptibles. Y cuando hablo de una misión que pertenece a Italia por haberla ganado en larga y dura lucha contra el fascismo, no puedo dejar de vincular indisolublemente en mi pensamiento a los italianos libres con los republicanos españoles. Desde la época en que la dictadura fascista saludaba con entusiasmo y sentimientos de solidaridad al régimen de Primo

* Aldo Garosci, "Verso una società liberal-socialista", en *Quaderni Italiani*, nº 4.

de Rivera, los hombres libres de España e Italia subscribieron un pacto de ayuda mutua para actos de insurrección y para el recíproco auxilio en caso de conquistar el poder una de las partes.* Aquel pacto, que por entonces tuvo un mero significado simbólico, se transformó, no obstante, en realidad viva y concreta pocos años después, cuando Rosselli lanzó el grito: "Hoy en España, mañana en Italia", y el antifascismo italiano, luchando al lado de los españoles, dejó tantos muertos en los frentes de Madrid y Aragón. Un republicano español, gran amigo de Rosselli y de Italia, Diego A. de Santillán, acaba de invertir aquel grito, afirmando que la consigna de la nueva Italia y de los españoles libres debe ser: "Hoy en Italia, mañana en España". La Italia que está surgiendo contestará con entusiasmo a esta palabra; mejor dicho, la ha contestado ya. Los hombres de "Giustizia e Libertà", que han vuelto hace poco a Italia, no podían dejar de pensar en sus compañeros españoles al escribir en su programa que los italianos libres seguirán luchando hasta la total eliminación del nazi-fascismo de Europa, y que, a través de su régimen interno, Italia ofrecerá ayuda y asilo a los hombres perseguidos y desterrados en todo el mundo. Si, como estoy seguro, España consigue juntarse muy pronto con Italia en la cruzada antifascista, no sólo negativa, sino positiva y constructiva, la eficacia de nuestros esfuerzos quedará multiplicada, y podrá extenderse más fácilmente al otro lado del Océano, en esta misma América Latina donde, como es sabido, hay muchos gérmenes de fascismo.

Al hablar de la unión espiritual de dos grandes pueblos latinos no puedo omitir a Francia. Con su famosa Revolución, Francia guió a los hombres libres del mundo en su marcha hacia la civilización y el progreso. En las épocas sucesivas tuvo momentos grandes, en que consiguió imprimir a sus actos una significación europea y concentrar a su alrededor la simpatía y la esperanza de los pueblos oprimi-

* Ese pacto fué suscrito por Blasco Ibáñez y Eduardo Ortega y Gasset, por la parte española, y Luigi Campolonghi, Aurelio Natoli y Silvio Trentin por la parte italiana.

dos. Sin embargo, con el transcurso del tiempo —hay que reconocerlo—, aquellos momentos y actos se fueron haciendo cada vez menos frecuentes, y su espíritu de iniciativa ha ido apagándose. Después de 1870 su problema ha sido sobre todo el de la revancha, y después de la revancha, su problema ha seguido siendo todavía, ante todo, el de la seguridad. Desde la guerra del 14 no ha logrado crear un ideal que consiguiera dar a la victoria una luz nueva y volviera a guiar y orientar a los pueblos de Europa. La carencia de este ideal explica la actitud de Francia frente a la guerra de España, así como durante el primer año de la guerra actual. Tras su derrota, tras el armisticio que fué casi una alianza con el enemigo, De Gaulle ha ofrecido un estandarte, no sólo a los franceses sino a todos los antifascistas que quisieran pelear por la libertad y no pudieran hacerlo bajo el de su propia patria. Esto han de agradecérselo a De Gaulle los españoles e italianos libres; pero a pesar de ello no dejan de reconocer que bajo aquel estandarte, que ha contribuído a aplastar al enemigo común, no hay una idea nueva, una iniciativa poderosa capaz de conmover y dirigir a los pueblos. Hay tan sólo un espíritu de patriotismo, que es sagrado en todo corazón, pero que no puede transcender los límites estrechos de una patria. Si el pueblo francés vuelve a decir una palabra nueva que despierta la fe y marque los ideales hacia los que deben marchar todas las naciones, lo seguiremos con entusiasmo. Pero ahora es indudable que no podemos permanecer inertes, esperando. Debemos trabajar con vigor e intensidad para que la libertad y la justicia social triunfen y se afirmen en el mundo.

CAPITULO IV

LA MISION DE LOS PUEBLOS LATINOS

Por FRANCISCO AYALA

LA CONFRONTACIÓN, hecha a grandes rasgos, de las respectivas experiencias que nuestras generaciones han cumplido en Italia y en España, conduce, más allá de cualquier posible discusión teórica sobre *libertad* y *liberalismo*, hacia una consecuencia básica: la que consiste en afirmar una común voluntad de vida civil decorosa y digna, tal como sólo puede darse en una atmósfera de respeto hacia la personalidad del individuo humano, traducida, por lo que se refiere a las instituciones del Estado, en un dispositivo que, de una u otra manera, tenga la intención de garantizar la libertad de los particulares.*

* Me interesa destacar, no obstante, en relación con esto, la referencia que el propio Treves hace a la posición del grupo más joven de antifascistas italianos, pera quienes, reconociendo el carácter irreversible del proceso histórico, "el fascismo es, en malo, más moderno y actual de lo que es, en bueno, el tradicional estado democrático: el fascismo es el hijo degenerado y corrompido, pero con todo pertenece a una generación más joven que el padre burguesamente honesto". Postulaban en consecuecia la necesidad de "concretar con mayor claridad una concepción radicalmente nueva, una ideología más fuerte, más dinámica y más moderna que la de las viejas democracias". Pues bien: esta postura coincide en absoluto con mi enfoque del problema "libertad y liberalismo" y revela que mi crítica de este último, lejos de ser una consecuencia de desilusión y pesimismo nacidos de la peculiar experiencia española conjugada con influencias intelectuales germánicas, contiene una interpretación de validez general, llamada a encontrarse con actitudes análogas en los restantes países. Tampoco creo que Francia, si ha de seguir viviendo espiritualmente como hay que desear, intente una restauración pura y simple de sus viejas instituciones democráticas liberales, sino que habrá de tantear en busca de una nueva organización de

Lo importante ahora es que la coincidencia intelectual en cuanto al principio —obvia e inexcusable entre todos los hombres que no han renegado de las tradiciones de nuestra cultura y conservan el más leve sentido de responsabilidad histórica—, se ha concretado, por virtud de las circunstancias, en expresión de una coincidencia de voluntad práctica que ha de abrirse camino en nuestros países tan pronto como empiecen a afrontar su destino en la próxima etapa de la historia universal. Que ese destino es común para nuestros dos pueblos —en general, para todos los pueblos latinos— parece ser un resultado ineluctable de las aludidas circunstancias. Por vías diferentes, hemos venido a desembocar todos en la misma situación.

Y no deja de ser notable al respecto que, así como yo procuré evidenciar, en mi exposición del proceso político español, lo estrechamente condicionado que ha estado por el encuadramiento internacional de España —como espacio neutralizado primero, en la época del equilibrio, y como campo de lucha después, al desencadenarse la nueva compulsación de potencias mundiales—, así también Treves se ha visto forzado por su parte a remitir sus análisis al plano de la política internacional, planteando en ese ancho ámbito la cuestión de la garantía de la libertad —esto es, de la eliminación del fascismo— en el mundo de postguerra. Es que no cabe concebir, a menos que uno se mantenga en el terreno de las puras abstracciones, una libertad *política* que no esté sostenida por determinadas fuerzas sociales y que no se encuentre inserta en determinada estructura de poder. El hecho del poder viene a interferir siempre, inevitablemente, en toda consideración realista del problema de la libertad política, y sólo se pierde de vista cuando la estructura de dominación recibe un general acatamiento, mediante el cual se hace indisputada. Treves remite ese problema al plano internacional, y ello tiene a mi juicio el sentido de un reconocimiento tácito del traslado que está sufriendo el centro de la actividad política más allá de las esferas nacionales en que residió

la libertad civil. (V., en relación con esto, mi "Discurso sobre la Restauración", en *Los Políticos*, Buenos Aires, 1944.)

hasta ahora. Las decisiones políticas no van a emanar ya, como hasta aquí, de las voluntades soberanas de los Estados (limitadas de hecho, sin duda, por su contrapeso respectivo, y forzadas a actuar mediante constelaciones diversas; pero, al fin, soberanas), sino que el peso del poder y la facultad de emitir la decisión inapelable ha pasado a un número escasísimo de grandes entidades: los Estados Unidos de América, la Unión Sobiética y el Imperio Británico, que se declaran dispuestas a *garantizar la paz*, organizando el mundo bajo su repartido control.

A este resultado ha conducido, como es notorio, la gigantesca compulsación de potencias con vistas a la dominación mundial, promovida por las pretensiones de una Alemania resulta a romper el tradicional equilibrio imponiendo su "nuevo orden". Y ahora, dada la situación de conjunto, no puede ser ya enfocado ni resuelto el problema de la libertad política en términos nacionales, sino dentro de una conexión mucho más amplia. La primera evidencia de ello fué suministrada por la guerra de España, donde, a favor de un conflicto interno, irrumpió la pugna por el poder mundial, potenciándolo y conduciendo sus datos a tensiones extremas. De este modo, si los términos del conflicto interno adquirieron así proyecciones universales, quedaron vinculados también —y no por voluntad de los españoles— a la alternativa de la pugna por el poder mundial: la causa del pueblo español que luchó contra el fascismo fué, es y seguirá siendo, quiérase o no, la misma causa de las Naciones Unidas; y el triunfo final obtenido por éstas excluye toda posibilidad histórica de que perdure el sistema político impuesto ahí por sus adversarios con el designio de combatirlas y destruírlas. No creo, en efecto, que haya voluntad lo bastante fuerte para impedir la caída a plazo breve del actual régimen de España —impuesto en guerra internacional contra la activa y beligerante oposición del pueblo, y que todavía ha querido continuar esa guerra internacional, fuera de España, mediante la llamada "División Azul"—, siendo así que han fracasado los intentos de salvar algo de la vieja estructura fascista de la Italia vencida, y de la estruc-

tura político-administrativa —a cuyo favor podía invocarse la continuidad legal y la pasiva anuencia del pueblo— de la Francia colaboracionista.*

De este modo, no tardarán en hallarse los tres grandes pueblos latinos del Occidente europeo —para sólo hablar de ellos— en parecidas condiciones de fluidez política, y colocados bajo la efectiva férula de las Naciones Unidas, que —dueñas por el hecho de su victoria de las claves del poder mundial— tendrán a su cargo y responsabilidad el reajuste del conjunto de las relaciones humanas con vistas al futuro. El curso de los acontecimientos históricos ha determinado que, en la actual coyuntura, los pueblos latinos se encuentren excluídos de las claves decisivas en la organización del mundo que se prepara. Pero en cambio van a afrontar los problemas de postguerra en un estado de flexibilidad y de experiencia política que, en algún sentido, podría compensar su posición subordinada, colocándolos en condiciones de ofrecer una orientación que supla con el influjo espiritual la carencia de poder material, y de cumplir así una misión histórica de incalculable alcance en este momento cardinal de la humanidad.

Es difícil presumir cómo ha de hacerse la integración de nuestros países en el marco de la nueva ordenación mundial. Y desde luego, prescindo aquí por completo de toda consideración en torno a las cuestiones de orden institucional, tales como la que, por ejemplo, haría aconsejable un contacto y entendimiento para fundar una Unión Latina que, mediante vínculos políticos y económicos, englobara a

* Italia, que figura en la constelación de la guerra como potencia vencida, se encuentra en trance de desprenderse de los restos del fascismo, que los vencedores tratan de apuntalar por todos los medios. En cuanto a Francia, conocidas son las resistencias opuestas por parte de Inglaterra, y sobre todo en Norteamérica, al movimiento liberador del general De Gaulle, quien, no obstante, ha podido imponerse. Este movimiento, por lo demás, significa tan sólo un romo partiotismo restaurador, que no se ha dado cuenta del cambio de circunstancias. Pero ya asoman dentro de él, o a su lado, tendencias renovadoras, que probablemente se abrirán camino. En cuanto a las pretensiones de restauración monárquica en España, parecen haber perdido su razón a la fecha de hoy.

todos los pueblos del Occidente europeo y de América ya previamente ligados en una comunidad de tradiciones culturales, de valores espirituales y hasta de sensibilidad. Esa Unión Latina sería, entiendo, condición inexcusable para toda eficaz acción futura tendiente a afirmar nuestra substantividad y a evitar que se disuelva nuestra personalidad histórica. Pero tal afirmación de personalidad no podría cumplirse, en ningún caso, con la mira de instaurar un poder en competencia, sino al contrario, en un espíritu de colaboración con las grandes potencias mundiales, a fin de conseguir que la nueva fase de la civilización sea animada por la tradición cultural que los pueblos latinos conservan en mayor grado de pureza, y no degenere en alguna nueva modalidad de barbarie, no demasiado distinta del propio nazismo. ¿En qué puede consistir el aporte de los pueblos latinos a la edificación del mundo de postguerra?

Cuando Treves atribuye a Italia la misión específica de proseguir la lucha contra el fascismo hasta su total extirpación, pone el dedo en la llaga, por más que su intuición se envuelva en voluntarias limitaciones que pudieran desconcertar a quien no sepa ir hasta el fondo de su pensamiento. Yo no vacilaría en decir que esa es, no sólo la misión de Italia, sino la misión de todos los pueblos latinos, y que, contrariamente a su apariencia, es la misión más importante, más urgente y más ardua a cumplir en la presente encrucijada histórica. Pues sólo un juicio superficial acerca del fascismo llevaría a la idea de que basta la derrota de Alemania para suprimir la mala hierba. Con su manera cautelosa y circunspecta, pero con resuelta valentía, señala Treves en las páginas que ha escrito sobre la experiencia italiana cuáles son los peligros existentes de que el fascismo rebrote tras de la guerra —en Italia misma, y sobre todo fuera de ella—; y quien sienta la inclinación a desvalorizar tal posibilidad, puede encontrarla discutida a fondo en el libro del profesor inglés Harold J. Laski, *Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo.** Cabe afirmar que si

* Harold J. LASKI, *Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo,* Buenos Aires, 1944.

subsisten las causas sociales que han conducido al fascismo, este resurgirá fatalmente, bajo una u otra forma, y allí donde esas causas se presenten en estado de agudeza. Es de las más grotescas ilusiones (contaminación, por lo demás, de criterios fascistas inconscientes) la que atribuye fenómenos de esta índole al *carácter* o a la *idiosincracia* de tal o cual pueblo. Aun destruída Alemania, sigue en pie la amenaza totalitaria, y vinculada ahora a los vencedores. Ello, no sólo por las tentaciones que Treves apunta, sino también por las incitaciones procedentes de la peculiar dirección adoptada a partir del Renacimiento y la Reforma por los pueblos no latinos del Occidente. De esa gran crisis de la Modernidad arrancan los particularismos nacionales que habían de conducir a inconciliables contraposiciones, y ese dinamismo desenfrenado cuyo acicate cultural más visible ha sido la moral protestante del éxito como testimonio de la gracia divina. Mientras ese dinamismo dirigía la marcha de la civilización material, extendiéndola a todo el globo y aumentando sus bienes en proporciones asombrosas, los pueblos latinos permanecían a la zaga, manteniendo como una reserva espléndida la aptitud para formas culturales amplias, las disposiciones espirituales para una vida no regida por los valores de utilidad. Y ahora que se ha llegado, por primera vez en la Historia, a una experiencia común de la humanidad entera; ahora que nuestro planeta, ligados estrechamente de mil maneras todos los países, continentes, islas y mares hasta formar una unidad técnica, se encuentra *conquistado* ya para la civilización; ahora que, en lo substancial, se puede dar por concluída la era de los descubrimientos y colonizaciones —sin perjuicio ¡claro está! de que el proceso civilizatorio continúe en un sentido de progreso *vertical*—, han de entrar en juego esas reservas espirituales de los pueblos latinos, capaces de hacer valer una concepción de la vida más acorde con las nuevas circunstancias, mediante la cual, y sin renunciar, por supuesto, al nivel de civilización técnica alcanzado, se ponga fin al espíritu activista cuya expresión extrema ha sido el dinamismo totalitario, y se organice el conjunto de las relaciones humanas para una vida llena

de sentido espiritual. Esta es la misión de la Latinidad, que Treves enuncia en forma abreviada y simbólica, pero muy realista, como "lucha hasta la definitiva extirpación del fascismo".

Aún diré más: tan capital me parece esa misión que, a mi entender, de que se encuentre y prevalezca ese nuevo sentido de la vida, y de que se consiga articularlo en una congruente organización de las relaciones humanas, va a depender, no sólo la fecundidad espiritual de la fase histórica próxima, sino también la conservación misma de los bienes de civilización material adquiridos hasta el presente. La complejidad de la civilización en que vivimos hoy es mayor, sin comparación posible, que la alcanzada por el Imperio romano a la hora de su apogeo; y, sin embargo, aquel universo pacificado cayó en el marasmo (las supuestas invasiones de los bárbaros no fueron otra cosa, como hay se reconoce, que una fermentación interna), y retrocedió a un estadio de civilización rural, con abandono de las formas de vida y de las técnicas superiores a que por entonces se había llegado, por no saber hallar orientaciones espirituales adecuadas a la situación de un mundo cerrado en sí mismo.

Pues bien: cerrado en sí mismo, y ahora con insuperable forzosidad geográfica, es también el mundo actual: en él hay la temible posibilidad de que una obstinación en mantener enquistadas en espacios nacionales herméticos a porciones de la humanidad ocasione nuevos choques en los que ésta siga desgarrándose a sí misma; hay la temible posibilidad también de que, organizada la paz por medio de un poder desnudo de espíritu, decaiga en una mera existencia mecánica, desprovista de sentido, tal como ciertas fantasías literarias se han divertido en imaginar el porvenir de la civilización —en cuyo caso sería inevitable su ruina y el volver a empezar, ya que la técnica se desmorona como castillo de naipes tan pronto como el espíritu deja de prestar sentido a sus creaciones...

Bajo estas circunstancias, son quizás los pueblos latinos —en su significativa carencia de poder— los que pueden aportar al mundo las formas culturales, correspondientes a una ajustada concepción de

la vida, en que se realice de modo efectivo la libertad de la persona individual, porque son ellos los que conservan mejor el sentido de las formas espirituales y de los valores no sometidos al criterio de la utilidad, el provecho y la eficacia. Sin eso, de poco valdrán todos los dispositivos, todos los mecanismos y todas las garantías institucionales, que, llegado el caso, se volverían sin dificultad ninguna contra la libertad misma.

BIBLIOTECA
INVENTARIO 2015
DANIEL COSIO VILLEGAS

EL COLEGIO DE MEXICO
308/J88/no.25/ej.3
3 905 0013925 1

LISTA DE JORNADAS PUBLICADAS

1. José Medina Echavarría. *Prólogo al estudio de la guerra* (agotado).
2. Tomás Sánchez Hernández. *Los principios de la guerra* (agotado).
3. Jorge A. Vivó. *La Geopolítica* (agotado).
4. Gilberto Loyo. *La presión demográfica* (agotado).
5. Antonio Caso. *Las causas humanas de la guerra.*
   Jorge Zalamea. *El hombre, náufrago del siglo xx.*
6. Vicente Herrero. *Los efectos sociales de la guerra* (agotado).
7. Josué Sáenz. *Los efectos económicos de la guerra.*
8. Manuel F. Chavarría. *La disponibilidad de materias primas.*
9. Manuel M. Pedroso. *La prevención de la guerra.*
10. D. Cosío Villegas, E. Martínez Adame, Víctor L. Urquidi, G. Robles, M. Sánchez Sarto, A. Carrillo Flores, José E. Iturriaga. *La postguerra.*
    Alfonso Reyes, D. Cos'o Villegas, J. Medina Echavarría, E. Martínez Adame, Víctor L. Urquidi. *La nueva constelación internacional.*
11. Raúl Prebisch. *El patrón oro y la vulnerabilidad económica de nuestros países.*
12. José Gaos. *El pensamiento hispanoamericano.*
13. Renato de Mendonça. *El Brasil en la América Latina.*
14. Agustín Yáñez. *El contenido social de la literatura iberoamericana.*
15. José E. Iturriaga. *El tirano en la América Latina.*
16. Javier Márquez. *Posibilidad de bloques económicos en América Latina.*
17. Gonzalo Robles. *La industrialización en Iberoamérica.*
18. Vicente Herrero. *La organización constitucional en Iberoamérica.*
19. M. F. Chavarría, A. Pareja Díez-Canseco, M. Picón-Salas, J. A. Portuondo, L. Alberto Sánchez, J. Vasconcelos, Jorge A. Vivó, J. Xirau. *Integración política de América Latina.*
    A. Castro Leal. *La política internacional de América Latina.*
20. Francisco Ayala. *Ensayo sobre la libertad.*
21. J. A. Portuondo. *El contenido social de la literatura cubana.*
22. Antonio García. *Régimen cooperativo y economía Latino-Americana.*
23. Jesús Prados Arrarte. *El plan inglés para evitar el desempleo.*
24. Florián Znaniecki. *Las sociedades de cultura nacional y sus relaciones.*
25. Renato Treves y Francisco Ayala. *Una doble experiencia política: España e Italia.*

ALGUNAS PUBLICACIONES DE EL COLEGIO DE MEXICO

CENTRO DE ESTUDIOS LITERARIOS

Alfonso Reyes, *El Deslinde, Prolegómenos a la teoría literaria.*
Enrique Díez-Canedo, *Juan Ramón Jiménez en su obra.*
Enrique Díez-Canedo, *Letras de América.*
Alberto Jiménez, *La ciudad del estudio.*

CONTRIBUCIONES A LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO HISPANO-AMERICANO

Leopoldo Zea, *El positivismo en México.*
Leopoldo Zea, *Apogeo y decadencia del positivismo en México.*

CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS

Carlos Bosch García, *La esclavitud prehispánica entre los aztecas.*
Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros ensayos.*
José María Miquel i Vergés y Hugo Díaz-Thomé, *Escritos inéditos de Fray Servando Teresa de Mier.*

Distribución exclusiva:

FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Pánuco, 63 - México, D. F.